

LAMAS CARVAJAL, VALENTIN (1849-1906)

LA MONJA DE SAN PAYO

(Leyenda Primera)

A MI QUERIDO TÍO EL SEÑOR D. PEDRO CARVAJAL

A Vd. querido tío, es á quien dedico esta LEYENDA, al publicarla, no me mueve la ambición de gloria, conozco demasiado su insignificante mérito para aspirar a tanto; sé que a mi frente no debe ceñirse el honroso Cauro de poeta.

La escribo a los veinte años, sin otra inspiración que la de una inteligencia poco cultivada, y la de un corazón que siente y no puede expresarse.

Empero, no dudo que Vd. la apreciará no por su mérito literario, que es bien exiguo, sino porque es una demostración sincera de la gratitud y cariño que le profesa el corazón de su sobrino

Valentin Lamas Carvajal

INTRDDUCCIÓ

En una fértil bellísima llanura
Que abundante riachuelo baña,
Circundada de árboles frondosos
Se eleva una morada solitaria;
Mas bien que una mansión de ser viviente
Se parece a una tumba funeraria,
Ni una luz par las noches se divisa
Tras el limpio cristal de sus ventanas,
Ni el más leve rumor apenas osa
Interrumpir su misteriosa calma.

En ella moran tres seres, que olvidados
De la engañosa sociedad mundana,
Cifran su orgullo en conservar dichosos
La fe sincera y la quietud del alma,
Y resignados viven solitarios;
Sin que pueda el rigor de su desgracia

Turbar del corazón la paz querida,
Paz que sus glorias más soñadas guarda.

Es el primero un achacoso anciano,
Cuya cabeza poblada por las canas
Respeto infunde al corazón mezquino;
Amor a aquel que la vejez acata:
Temor, al que en los vicios adormido
Rico de juventud y de esperanzas,
Tras el placer impuro de este mundo
Hollandando la virtud ciego se lanza,
Sin saber, que la juventud y los placeres
Son cual ligera y vaporosa ráfaga
Que apenas la sentimos... cuando huye...
Cual la nube de humo, que arrastrada
Por el viento impetuoso se deshace...

Como la flor que hermosa en la mañana
Desplega sus encantos y da aromas
A las brisas amenas que la halagan,
¡Y los rayos del sol la dejan luego
Al declinar la tarde, marchitada...!
¡Ay! ¡La vida de las flores se parece
A la vida del hombre que las ama!

Este anciano que débil y achacoso
A los ojos del mundo se mostraba,
En su mejor edad había luchado
Por el honor de su querida patria;
Con valeroso ardor había expuesto
Su pecho a los embates de las balas
Sin temer a la muerte, pues decía
que nunca muere el que victoria alcanza,
Y es preferible morir en el combate
Que gozar una vida deshonrada.

El buen anciano tenía en alta estima
Su militar honor; y así opinaba,
Que antes que por cobarde ser nombrado
Perder quería mil vidas que gozara,
Y distinguidas cruces en su pecho
Con orgullo a los hambres ostentaba
Y cada una quizá equivalía
A cien gotas de sangre derramada,
Que el honor militar, antiguamente
Con oro y ambición no se alcanzaba.

En aquel tiempo feliz, cuando sentía
Latir el corazón con esperanza,
Cuando aparente el placer le sonreía
Y el amor sus ensueños animaba,
A una mujer miró, y en su memoria
Quedó su imagen bellísima grabada,
Y sintió renacer a pesar suyo
Las dormidas pasiones de la infancia.

Llegó un momento en que miró su suerte
Unida a la del ser que idolatraba
Y en su delirio mágico, exaltado,
Un latido de amor sintió en el alma;
Entonces no pensó más que en la dicha
Que su amor inspirado le brindaba.
Y en pos de la mujer que era su gloria,
Corrió buscando la paz que ambicionaba.

Y en ella la encontró, y ella adormía
Con su cariño y seductoras gracias,
Las penas que pudiera darle el mundo,
Los acervos dolores de su alma,
Y en caricias, placeres y armonías
Su existencia fugaz se deslizaba;
¡Que es muy bello vivir...! Es muy dichoso
Ver el tiempo correr cuando se ama...!
Mas la fortuna y dicha de los hombres,
Están por el destino señaladas.

Pasaron años, y aquellas armonías
Que su ambición más bella realizaban,
Aquellos sueños de amor y de ventura,
Aquellas horas que huían descuidadas
Siempre cejando sus recuerdos gratos,
Recuerdos de placer y bienandanza,
Perdieron con amargos desengaños
Su encanto singular, su fuerza mágica;
Que tal es el destino que le espera
Al hombre en esta vida deseada,
Hallar, tras los placeres, amargura,
Y tras felicidades, la desgracia.

La mujer que purísima y hermosa
En su exaltada mente imaginaba,
Aquella que lo había despertado

A la vida, al amor y la esperanza,
Fue la que hirió con crueles desengaños
Las partes más sensibles de su alma.

La mujer y la flor son parecidas:
Con amor, la primera nos engaña,
La segunda, con vívidos colores
Con gracias y balsámica fragancia,
Y espinas éstas, y ellas desengaños...
Nos dan cuando llegamos a tocarlas.

Aquel mentido amor le dio por fruto
Una hija bellísima que amaba,
Comprendió que en el mundo su ventura
A un frívolo capricho expuesta estaba,
Y previsor y amante de su honra
Desengañado del mundo y de su farsa,
Se decidió a retirarse de su ruido
Que con tantos esfuerzos escuchaba;
Miró la soledad, como el consuelo
Del que llora afligido su desgracia
La encontró en esta poética vivienda
De árboles frondosos rodeada,
Y en ella se albergó triste y tranquilo
Encerrando en él su hija adorada,
Áurea, (este es su nombre) bella niña
De seductoras gracias adornada,
De cabellos tan rubios como el oro
Y en sus puras tiernísimas miradas,
El candor y virtud de su inocencia
Con su mágico encanto se retratan.

Aun tiene quince años, y es la vida
Tan bella en esa edad... tan encantada...
Que, más bien que mujer, parece un ángel
De consuelo, de paz y de esperanza,
Cuya misión en este aciago mundo
Es consolar las almas desgraciadas
Y redimir del hombre las miserias
Al precio de sus penas y sus lágrimas.

A mirarla su padre, la tristeza
Por su semblante pálido vagaba
Y resignado en silencio se dolía
De que a su hija adornasen tantas gracias;
Sabía que decir: "Es muy hermosa"

Equivale a decir: "Es desgraciada".

Era la otra, mujer entrada en años
De tez morena, tétrica mirada,
Y servía en la casa como dueña
Y a la par inspiraba confianza
A padre e hija, los cuales con cariño
Profundo y singular le profesaban.

Tales eran las únicas personas
Que esta mansión poética habitaban
El buen anciano intranquilo suspirando
Al recordar la dicha que gozara,
Y pensando en la suerte de su hija
Horas eternas de dolor pasaba,
Cual si viera en sus lúgubres ensueños
El triste porvenir que le esperaba;

Y Áurea, inocente, adormecida
Por los puros encantos de la infancia,
Sin conocer del mundo los engaños,
Sin sentir ni deseos ni esperanzas,
¡Era su felicidad ver a su padre,
Y adorarlo, el orgullo de su alma.

¡Cuántas coronas de flores en el campo
Al naciente fulgor de la mañana
Entretejían sus manos con cariño,
Y antes que su padre despertara
Las ceñía a sus sienes afanosa,
Radiante de alegría sobrehumana...!

Afortunado el que goza la inocencia
De los sueños primeros de su alma.

I

PADRE E HIJA

Es en los primeros años
La vida un jardín de flores,
Un paraíso de amores,
Ice esperanza y de ilusión;
¡Dichoso aquel que la goza!

Dichoso el que día tras día,
Conserva de su armonía
Un eco en el corazón.

Dichoso aquel que aún ignora
Que caminando los años,
De crueles desengaño,
Siempre nos llevan en pos;
Dichoso el que mira escritos
Sus encantos en el alma
Y goza feliz la calma
Que en la niñez lo adurmió.

Dichoso aquel que una lágrima
Ni un suspiro lastimera,
Con sentimiento sincero
No arrancó del corazón:
Dichoso el que no comprende
Que para llorar nacemos
Y que al fin un día nos vemos
Sin amores, ni ilusión.

¡Oh, juventud! que raudales
Ice esperanzas y consuelo
Con tu salvador anhela
Envías al corazón!
Ser joven, vivir sufriendo,
Es un amargo martirio,
Pero a un existe el delirio,
No se perdió la ilusión.

Se sufre, es verdad, se llora
Desde los años primeros;
Mas ese llanto atesora
Un consuelo bienhechor
Sufrir... llorar..., si aun sentimos
Arder de la vida el fuego,
Es sufrir con el sosiego
De una esperanza de amor.

¡La vejez! árida senda
De desventuras y abrojos
Donde no asoma a los ajos
El llanto, agotado ya
Es un inmenso desierto
Sin oasis de ventura,

¡Es un martirio que apura
La inflexible realidad!

¿Y qué puede ambicionar
Un corazón desgraciado,
Que ya de sufrir cansado
No acaricia una ilusión?
¿Qué puede anhelar un hombre
Que ve morir su esperanza
Al imaginar que avanza
Tras él la muerte veloz?

¡Qué feliz es la niñez
Con sus sueños de virtud...!
¡Qué bella la juventud!
¡Y qué amarga la vejez
Al borde del ataúd...!

¡Qué cruel es el penar
Que acongoja el corazón
Ya cansado de llorar,
Cuando pierde una ilusión
Que soñaba realizar!

¡Y cuánto dolor alcanza,
El hombre que en su ambición
Tras la esperanza se lanza,
Cuando su bella esperanza
No nace en el corazón!

Qué desventurada suerte
Espera el alma sentida.
Que caminando perdida,
Halla, infeliz, con la muerte
Donde soñara la vida!

Buscar en la soledad
El bálsamo del dolor,
Sin pretender acallar
Las quejas del corazón;
Un imposible es soñar.

Del engaño y falsedad
Del mundo querer huir,
Anhelando en el vivir
Tan solo para gozar;

Un imposible es pedir.

El buen anciano soñaba.
Y un imposible pedía,
Del mundo su hija ocultaba,
Olvidando que vivía
En aquel mundo que odiaba.

Mas la aparente aventura
Que nace tras el tormento,
Es estrella en noche oscura,
Que apenas bella fulgura
Desaparece al momento.

Penetran los resplandores
De la soñolienta aurora,
En una apartada estancia
De esta casa misteriosa:
El noble anciano abatido,
Con ambas manos apoya
Su ancha y arrugada frente
Que mil pensamientos forja;
Todos lúgubres, sombríos,
Cual la música monótona
Del péndulo de un reloj
Que está contando las horas,
Y algunos cuadros que ostentan
Escenas desgarradoras,
Y son los únicos muebles
Que sus paredes adornan.

Tal vez en este momento
Hondos dolores agobian
Su corazón, y verdugos
impasibles lo devoran;
Tal vez, transportarse ansía
Al paraíso de gloria,
Que soñó su fantasía
En las insufribles horas,
Y el dolor y la ansiedad
Todos sus sentidos roban,
Que no observa que su hija
Bellísima, seductora,
En silencio lo contempla
Con inocente zozobra.

Bien compararla pudiera
A alguna celeste sombra
Encantada mensajera
De un Dios de misericordias;
Y permaneció en su éxtasis,
Porque cuando el alma llora,
Cuando el corazón suspira
Y los pesares lo agobian,
En alas de sus delirios
A otra mansión se remontan,
En pos de las ilusiones
Que el desengaño les roba.

Por fin exhaló un suspiro,
Alzó su frente rugosa,
Y vio a su adorada hija
Mirándolo cariñosa;
Muchas veces un suspiro
Nuestro dolor aminora.

--Querido papá, ¿qué tienes?
Dijo la joven graciosa:
--Siempre te encuentro tan triste...
Siempre que venga afanosa
A distraerte un momento,
He de hallarte como ahora:
Con la cabeza inclinada,
Cual si tirana congoja
Pudiera hacerte olvidar
De la hija que te adora.
Mira, vámonos al campo,
Está una mañana hermosa
Y quiero que te distraigas;
Vamos a cortar las rosas
Más bellas que haya en el prado
Para hacer de ellas coronas,
Y pasaremos felices
Y distraídas las horas.

E imprimió al mismo tiempo
Sobre su frente rugosa
Un beso, puro, expresivo,
Con la fe más cariñosa.

--No hija, yo solo siento
Un malestar que me agobia;

Siento en el fondo del alma
Un dolor que me acongoja...
Y pasa día tras día
Y vuela hora tras llora,
Y está cercano el instante
En que deje esta monótona,
Árida y cansada vida
Pues mi existencia se agota,
Y más me intimida, Áurea,
Una idea aterradora...

--Dime cuál es padre mío,
--¡Dejarte en el mundo sola!
Tanta mentira hay en él
Y tanto engaño se emboza
Tras una dulce sonrisa:
Que la reflexión nos roba,
Tanta ambición y falsía
Con cínico afán se forja;
Que es forzoso, hija adorada,
Sucumbir, si valerosa
Al cruzar por la corriente
De sus tumultuosas olas,
No se sobrepone el alma
Y los peligros arrostra.
Tú, hija mía, no sabes
Que cuando alegre lo nombras
Llamas el cruel verdugo
De tu quietud y tu honra;
Virgen, corazón dormido
A las pasiones, ignoras,
Que tras de ilusiones bellas
Hay realidades traidoras.
Es cual un árbol la vida;
En la primavera hermosa
De nuestra célica infancia,
Hojas y flores lo adornan;
Las flores, son ilusiones,
Esperanzas son las hojas;
Llega la vejez, y luego
De sus galas se despoja.
Es el riguroso invierno
Que hojas y flores agosta;
Mas suele quedarle al árbol
Aunque marchita y rugosa
Alguna que lo acompañe

Después de caer las otras;
En el hombre es la esperanza
Esa marchitada hoja,
Al dar el postrer ¡adiós!
Es cuando nos abandona,
Y ¡ay del corazón que vive
Sin conservar una sola!
Fíjate bien, hija mía,
Lo que voy a decirte ahora;
Es la sentencia dictada
Contra ese mundo que ignoras,
Y el que sigas mis consejos,
La esperanza halagadora
Del árbol de mi existencia
Única y marchita hoja.

--Cuando en el prado afanosa
Con dulce ansiedad corrías
En pos de una mariposa,
Que girando veleidosa
En torno las flores veías.
¿Qué sentías?

--Al verla vagar errante
De flor en flor yo sentía
Una ambición dominante
Por cogerla, y la seguía
Loca, afanosa, anhelante.

--Y si después de correr
Y cansada de sufrir,
La viste hacia ti venir
Con suavísimo placer;
Si al posarse en una flor
Descuidada la cogiste
Y tú empeño encantador
Cogiéndola conseguiste,
¿Qué sentiste?

--Sentí..., no puedo explicar
Lo que sentí, padre mío,
En mi loco desvarío
No cesaba de admirar
Sus variados colores;
La vi revolotear
En mis manos, cual si estar

Consiguiese entre las flores.

--Y si cuando distraída
Y contenta la mirabas
Por tu ilusión embebida,
Ambas manos aflojabas,
Si huía, al verla perdida,
¿Qué notabas?

--¡Ay! no me olvidé de una,
¡Y qué bellísima era!
Un día de primavera
Sobre una flor la cogí:
Y cuando más distraída
Con sus encantos me hallaba,
La solté y, desprendida,
Huyó la ingrata de mí.

Yo no puedo adivinar
Parque siendo ella mi encanto
Quisiera ingrata volar;
¿Do llegaría a encontrar
Amor y cariño tanto
Cual yo le pudiera dar?

--Pues cual esa mariposa
Los hombres son en el mundo,
Tras su ilusión engañosa
Dejan, hija cariñosa,
Un desengaño profundo.

Ven una mujer, se posan
En ella por un momento,
Con seductor sentimiento
Dicen que en amor rebosan,
cuando es su amor fingimiento!

¡Hay tantos modos de amar
Según llegué a comprender!
¡Tantos modos de querer...
Tantos modos de olvidar...
Y tantos de aborrecer...!

¡Se sabe también fingir...
También se sabe reír...,
Tanto se miente al llorar

Que es imposible juzgar,
Los que ríen al gozar,
Los que lloran al sufrir.

Que hay hombres que a su pesar
Por el afán de fingir;
Ríen, queriendo llorar,
Lloran, queriendo reír.

Es cual un profundo mar
El humano corazón
Y es imposible mirar
Su fondo con atención.
¡Y aún viene su agua a turbar
El fango de la ficción!

Nunca escuches, hija mía,
A un hombre con atención.
El que dice te ama, ansía
Con hipócrita falsía
jugar con tú corazón.

Tú ves también una flor
En el gallardo rosal;
Con frenética ambición
De él la ansías arrancar,
Y no sabes precaver,
Que al ir esa flor a coger
Pudiese su espina hallar.

Así los placeres son
En este mundo, hija mía,
Y en la flor de tú ilusión,
Encontrarás algún día
La espina del corazón.

No sabes lo que es llorar
Entre cruel aflicción,
No comprendes el penar
Que se siente al arrancar
Lágrimas al corazón.

Porque ves tranquila, ufana,
A mi lado, hija querida,
Fugaz deslizar tu vida,
Mas si yo muero mañana

Verás tu dicha perdida.

Sola..., expuesta a los engaños,
De una sociedad mentida
En tus juveniles años;
¿Qué puede darte la vida
Sino amagos desengaños?

Solo en el mundo, hija mía,
Hay una santa mansión
Donde en calma el corazón
Goza la gloria que ansía.

Allí la impura ambición
De las pasiones, se olvida,
Y es del mar de nuestra vida
El puerto de salvación.

Es la estrella de consuelo
Que entre la nocturna calma
Va guiando nuestra alma
Hacia el camino del Cielo.

Y en vez del loco rumor
De la mundanal orgía,
Se escucha el coro de amor,
Que entonan con armonía
Los ángeles del Señor.

Esa mansión de contento,
De celestial ilusión,
La hallará tu corazón
En la quietud de un convento.

En él podrás conservar
Tu angelical inocencia,
Sin conocer el pesar
Tranquila verás pasar
Los días de tu existencia.

Y yo viviré dichoso;
Porque sé que la hija mía
Disfruta el feliz reposo
Que este mundo vanidoso,
Seductor le robaría.

Y mi postrer ambición
Veré en el mundo cumplida,
Y al abandonar la vida
Mi amor y mi bendición
Te daré por despedida.

Sí, olvídate del mundo,
Es una senda muy árida,
Que dejamos de continuo
Con nuestro llanto regada,
En la mitad, hija mía,
De su penosa jornada.

Y si alguna noche triste
Al hallarte solitaria,
Bellos recuerdos pasados
Tus ambiciones halagan,
Desprecia esas ilusiones
Turbadoras de tu calma,
Que sólo sonoros felices
Teniendo virgen el alma.

Tú seguirás mis consejos,
No te creo una hija ingrata,
Accedes a los deseos
De tú padre, que te ama,
Que busca quizá tu dicha
Al precio de su desgracia.

La turbación de tus ojos
Lo está confesando, Áurea,
¿Verdad, hija de mi vida,
Que el corazón no me engaña?

--Papá, el deber de hija
Obedecerte me manda.

--El Cielo sus bendiciones
Derrame sobre tu alma,
Hija que a un padre obedece,
No debe ser desgraciada.

Y a los ojos del anciano,
Asomaron esas lágrimas
Que la alegría y dolor
Simbolizan y retratan.

II

FANTASÍA

Limpio el azul firmamento
En esta bella mañana
Del florido mes de Mayo,
A la vista se ostentaba.

Áurea salió consabida
De la paternal estancia,
Y fue a visitar sus flores
A la ribera encantada.

Los canoros ruiseñores
Saludan con sus baladas,
Los mágicos resplandores
De la aurora, que derrama
Sobre los prados amenos
Vida, armonías y gracias.

El río, que caudaloso
La fértil ribera baña,
Lleva en la mansa corriente
De sus cristalinas aguas,
Las interrumpidas olas
Formando figuras varias
Agradables a la vista,
Consoladoras al alma.

¿Quién a su limpia corriente
Cuando majestuosa marcha,
La vida pura y tranquila
De la virtud no compara?

Y al ver columpiar la brisa
A las flores aromáticas,
¿No siente un grato recuerdo
De una delicia soñada,
Y en su rumor una voz
Armoniosa y sobrehumana
Que despierta el corazón
Al amor y la esperanza?

¿Quién no recuerda dichoso
De una ventura pasada
las momentos lisonjeros
Que huyeron en santa calma?

¿Quién no ha ofrecido una flor
A la mujer que adoraba,
Y no recibió por premio
Una expresiva mirada,
De esas que ofrecen delicias
Y al corazón embriagan?

¿Quién al prenderla en los rizos
De su bella descuidada,
No depositó un beso
en su frente albina y casta,
Cual el emblema sagrado
Del amor que le inspiraba?

¡Oh, qué feliz es el hombre
Que en la ribera encantada
Arrebatado contempla
Del Universo las gracias,
Y escuchaba el acorde coro
De amor, que las aves cantan
En la soledad tranquila
De la frondosa enramada...!

¡Dichoso aquel que en silencio
Vierte sus quejas y lágrimas,
Cuando a su dolor responde
En tenue gemir del aura,
Que lleva queja y suspiros
En sus invisibles alas,
Y tal vez de la que adora
A la virginal estancia!

¡Dichoso el que enamorado,
Para estos momentos guarda
Sus quejas más lastimeras
Y sus amorosas pláticas,
Y al eco de la armonía
De ríos, aves y auras,
Con tierno afán y desvelo
Cariñoso las ensaya,

Para decirlas después
A la que adora su alma!

Hay momentos en la vida
De celestial bienandanza,
Donde todo nos sonrío,
Nos acaricia y halaga:
Momentos en que soñamos
Con una gloria encantada,
Que finge la fantasía
Y creemos realizada;

Y en el lejano rumor
De la brisa perfumada,
En el murmullo del río,
Recordando nuestra infancia,
Estáticos escuchamos
De una madre apasionada
La amante voz que esa historia
De bendición nos relata;

Mas hay momentos también,
En que congojada el alma,
Las flores de su ilusión
Ve mustias y deshojadas;
Entonces..., sus hojas son
Tristes y dolientes páginas,
Donde lee el corazón
La muerte de su esperanza,
Y la realidad le dice
Que en este mundo se hallan
Entre ilusión, desengaños,
Entre los placeres, lágrimas.

Cuando en la vida perdemos
Nuestra primera ilusión,
En la soledad buscamos
El bálsamo del dolor;
Y allí... en silencio vertemos
Con santa resignación,
Esas purísimas lágrimas
Que emanan del corazón,
Y después son recogidas
Por los ángeles de Dios.
Porque encierran un tesoro
De sentimientos de amor.

Así Áurea conmovida
Por el vergel donde vio
Nacer entre resplandores
De su inocencia la flor;
La soledad va buscando
Para verter del dolor
Las lágrimas, consagradas
A su perdida ilusión.

Su padre le había dicho
Que era su última ambición
Verla sola en un convento,
Con respeto y sumisión
Forzoso era obedecerlo
Y separarse los dos;
¡Dejar a un padre achacoso
Abandonado al rigor
De voluntades ajenas,
Es mucha resignación...

Y ella, que dormida blandamente
Al mágico rumor de aquellas auras,
Que batían tranquilas en su frente
Sus invisibles alas...

Ella, que escuchaba venturosa
Del ruiseñor festivo la alborada.
Que entre el ramaje de la selva umbrosa
Afanoso ensayaba.

Ella, que en la corriente majestuosa
Del río, que ribera y prados baña,
Se admiraba purísima y hermosa
En sus límpidas aguas,
¡Tener que abandonar a pesar suyo
Abatida, sumisa y resignada.,
Los sitios encantados y testigos
De su feliz infancia...!

Los tenía a la vista más hermosos,
En esta bella purísima mañana,
Con ojos compadecidos y llorosos,
Áurea los contemplaba,
Y sufría en silencio, por vez primera,
Sintió a sus ojos asomar las lágrimas;

Lágrimas arrancadas, lastimeras,
Del corazón y el alma;
Y por el febril delirio que sentía
Y por sus hondas penas abrumada.

Cariñosa a las flores les decía:
Adiós flores del alma!
Que alimentasteis la mágica alegría
De los dorados sueños de mi infancia...
Es forzoso dejaros, el destino
A otro lugar me llama...!
Adiós encantos de mi edad primera,
Glorias de paz y de ilusión ornadas...!

Y sintió en su ardiente fantasía
Que todos a sus quejas contestaban,
Las flores, columpiándose intranquilas,
Sobre los verdes tallos oscilaban,
Y viéndola ausentar, todas unidas
Tristes exclamaban:

¡Nos dejas, y te dimos tanto encanto...
¡Adiós, ingrata!

Y allá en la espesura de la selva
Cual un gemido lúgubre las auras,
Murmuraron sentidas, lastimeras:
¡Huye..., marcha!
¡Después de que arrullamos cariñosas,
Las gratas ilusiones de tu alma,

¡Nos dejas, cuando fuimos tu armonía!
¡Adiós, ingrata!

El río, suspendió la purísima corriente
De sus tranquilas aguas,
Después siguió su curso murmurando,
¡Adiós, ingrata!

Los dulces ruseñores, al oírlas
Con melodiosa voz sentidos cantan
Desde lo oculto de la selva umbría,
Huye..., marcha...

Después que nuestros cantos halagaron
Los sueños de tu plácida esperanza

Te ausentas, cuando fuimos tu dulzura,
¡Adiós ingrata!

Y abatida arrancó un débil gemido
Del hondo de su alma.
¡Tanto puede el delirio de la mente
Cuando recuerdos lúgubres la asaltan.

III

EL PEREGRINO

Lóbrega y triste es la noche,
Negras nubes encapotan
El azul del firmamento;
El viento que fuerte sopla,
Agita continuamente
Las secas y mustias hojas,
Que forman triste concierto
Al chocar unas con otras
Cual si los suspiros fuesen
De un alma que vive sola...
De un alma, que enamorada
Los desengaños agobian;
Cual los gemidos que exhala
Un corazón, que acongojan
Atormentadoras ansias
Y penas abrumadoras.

A cada instante un relámpago
Rasga las celestes bóvedas
Dejando ver instantáneas
Tristes y sombrías formas
Que finge la fantasía
Y los recuerdos evocan,
Quedando por un momento
Grabadas en la memoria
Aunque en realidad no existen,
Aunque son fingidas sombras.

Por intervalos la lluvia
Cae más fría y copiosa,
Los rumores que al caer
Forman las heladas gotas,
Del trueno estremecedor

La voz retumbante y ronca,
Y las ráfagas del viento
Que continuamente sopla,
Son los únicos ruidos
Que los silencios estorban
Que solitario es el sitio
Y la noche fría y lóbrega.

Por un desierto camino
Que conduce a una casa misteriosa
Un pobre peregrino,
Cual vagando al azar de su destino
En noche tormentosa,
Sin hallar un paraje donde pueda
Dar descanso a su cuerpo fatigado
Por la extensa vereda,
Camina en su desgracia resignado.

Y retumbando el trueno,
Y cayendo la lluvia más copiosa
Él prosigue sereno
Su senda fatigosa,
De fe sincera y de esperanzas lleno;
Parece que con noble valentía
La tempestad potente desafía,

Hasta que al fin rendido,
De su propio valor abandonado,
Exhaló un gemido
De su pecho angustiado:
¡Consuelo que le queda a un desgracia
Cuando mira perdida
La postrer esperanza de su vida!

No puedo --exclamó con amargura--
Proseguir mi camino.
Está la noche oscura,
Voy vagando sin tino
Y es probable me interne en la espesura
De este bosque vecino;

Ya que no tengo un cariñosa guía
Que me conduzca a una mansión segura,
Esperaré que asome el nuevo día,
El sol con su luz pura,
Destello del divino omnipotente,

Me mostrará la senda de ventura
Que yo pueda seguir tranquilamente:

Y en tanto para plácido consuelo
De mi acerba agonía,
Los coros de los ángeles del Cielo
Velarán en mi pobre compañía.

Así dijo: Al momento
Iluminando el monte y la llanura
Relámpago violento,
Dejó ver con dulcísimo contento
De su alma abatida de amargura
Cual bella estrella en una noche oscura,
La casa misteriosa
Donde habitaba Áurea venturosa.

Dirigió sus miradas hacia el Cielo
Con puro corazón, con fe sincera
Por darle aquel consuelo:
Que Dios a aquel que espera
En su bondad, y su bondad pregona
Jamás en el peligro le abandona.

Y luego nuevamente
Prosiguió su camino
El pobre fatigado peregrino,
Con la esperanza feliz y sonriente
De encontrar el reposo
Que buscaba sediento y afanoso,
En la mansión que le mostrara el Cielo
En las horas de amargo desconsuelo.

Llegó por fin a la puerta
De la casa misteriosa,
Y con mano temblorosa
Asiendo el férreo aldabón,
Dio tres golpes, cuyos ecos
Se extinguieron en el viento
Cuando su triste concento
Resonó en el interior.

--¿Quién llama? --con ansiedad
--Preguntó una voz sonora
--Abridle por caridad
A un peregrino, señora

Que implora hospitalidad.
--¿A dónde váis? --A Santiago
A cumplir una promesa.
--¿De dónde sois? --Si os interesa
Vuestra ambición satisfago;
Mas dejad que el peregrino
Pase en vuestra compañía,
En tanto no asuma el día
Para seguir su camino.

Abrióse al punto la cerrada puerta,
Cual si el sentido afán de sus palabras
Impulsara la mano bienhechora
De quien le hablaba;
Internóse en oscuros pasadizos
Siempre siguiendo el salvador fantasma
Evocando tal vez para consuelo
De su desgracia;

El débil resplandor de una bujía
Un aspecto fantástico prestaba
A aquel estrecho intrincado laberinto
Que recorría con crecientes ansias,
Permitiéndole ver las vagas formas
Del ángel o mujer que lo guiaba.

Al fin abrió su aparecido guía
De par en par las puertas de una estancia
Misteriosa mansión, dulce retiro
Donde Áurea y su padre se encontraban.

--Pasad-- dijo al noble anciano,
Aunque mísera esta casa
Jamás para un peregrino
Tiene las puertas cerradas,
Descansad, y mientras tanto
La tempestad no se calma
O no asoma el nuevo día
Según os convenga o plazca,
En nosotros hallaréis
El aprecio que reclama
Un errante peregrino,
Que lejano de su patria
Camina sin más amparo
Que la caridad cristiana.

Perdonad mi atrevimiento
Un gran interés lo causa;
Soy muy joven todavía,
Aun leo en vuestras miradas
Que poseéis un corazón
Halagado de esperanzas,
Aunque sufre bajo el peso
De una reciente desgracia;
Yo he leído en vuestros ojos
Las amarguras del alma,
Me interesa vuestra historia
Sobremanera, contádmela.

--Es para mi un sagrado
La súplica que hacéis en el nombre
Del cristiano hospedaje que habéis dado,
Ese deber del hombre
Lo disculpa el dolor del desgraciado.

Conservo en la memoria
Recuerdos de una eterna desventura,
Yo no quiero, no debo vuestra gloria
Tornar en amargura
Con el relato de mi triste historia.

Ya que el infiel destino
Que persigue mis pasos por el mundo
Nos puso en un camino,
Básteos saber que soy un peregrino,
Y respetad mi padecer profundo.

--Perdonad, os lo imploro,
Si pretendo saber vuestros dolores,
Es porque triste lloro,
Y he perdido el tesoro
De mis primeros sueños seductores.

Y es al triste un consuelo
Encontrar otro ser que también llora
En el mentido suelo;
Porque juntos llorando el desconsuelo
Con entrambos dolores se aminora.

Decidme ¿ese llanto
Que resignado arrancáis de vuestra alma
Que ha perdido el encanto,

Dando la dulce calma
Al corazón, no le consuela un tanto?

--¡Oh! sí, sí; es preciso
Dar expansión al alma entristecida
Que ha soñado un perenne paraíso
De gloria bendecida,
Para hallar un infierno de improviso.

Yo soy un pobre viejo
Que al borde de la fría sepultura,
Quiere dar un consejo
De amor y de ternura,
A vuestra amarga, y triste desventura.

Y es mi única gloria
Escuchar con sincero sentimiento
El fiel relato de esa triste historia,
Que ha grabado el dolor en la memoria
Donde lee de continuo el pensamiento.

Sois joven todavía;
La juventud es un jardín de flores,
Si las agosta la estación sombría,
La primavera les da su lozanía
Les devuelve sus vividos colores.

Donde muere una flor, otra más bella
En el jardín risueño de la vida
Suele al nacer, cuando al pisar la huella
De la dichosa juventud florida,
Su cruel dolor el corazón olvida.

Esa flor es la esperanza
Mecida por las brisas del encanto,
Si marchitarla alcanza
El triste desencanto,
Nueva vida le da el raudal del llanto.

¡Dichoso aquel que llora
Siendo en el mundo joven todavía,
Si pierde una esperanza bienhechora,
Su virgen fantasía
Otra finge más bella y seductora!

Desconfiad del hombre venturoso

Que ve correr sus días en el mundo
Cual sueño delicioso:
Tal vez le sea el desengaño odioso,
Quizá se burle del dolor profundo.

Mas confiad de mí, que si lo imploro,
Si pretendo saber vuestros dolores
Es porque triste lloro
Ya perdido el espléndido tesoro
De mis primeros sueños seductores.

Y es al triste un consuelo
Encontrar otro ser que también llora
En el mentido suelo;
Porque juntos llorando, el desconsuelo
Con entrambos dolores se aminora.

--Vuestra bondad me obliga,
Desconozco el oculto sentimiento
Que me aconseja os diga
Mis penas y tormento:
Consoláis mi dolor, ¡Dios os bendiga!

Escuchad: yo soy un pebre huérfano,
Quizá sea esta mi mayor desgracia,
Que es muy triste vivir solo en el mundo
Sin tener quien enjuge nuestras lágrimas,
En esas horas de atroz melancolía
Cuando el dolor al corazón desgarrar
Y víctima inocente suspirando
Sucumbe al desengaño nuestra ama.

El huérfano en el mundo es una flor
Que vive silenciosa y solitaria
Sin que del sol abrasador le preste
Sombra algún árbol con sus verdes ramas.
Crece, da olor, se mustia y se deshoja,
Siempre de los demás desamparada.

Así es mi vida, solitaria y triste,
Sin el cariño de una madre santa,
En silencio devoro mis pesares,
Vierto en silencio mis sentidas lágrimas,
Y en secreto también hoja por hoja
Voy perdiendo la flor de mi esperanza
Sin decir a los hombres mi amargura,

¡A callar me ha aprendido la desgracia!

¡Es tan triste vivir solo en el mundo!
Un vacío tan grande encuentra el alma
Cuando el mismo dolor, a nuestros ojos
En bella confusión, cual legión mágica
Presenta las delicias de otras horas
¡Por nuestro triste corazón lloradas!

¡Es tan triste invocar el dulce nombre
De los padres que un día nos amaban
Y encontrar el silencio por respuesta,
O bien tocar la realidad amarga
Si el desengaño responde inexorable
A nuestro ardiente afán, a nuestras ansias:

"Resígnate a sufrir; llora y suspira,
De amor proscrito por el mundo vagas
Que los seres que invocas, desgraciado,
Bajo una losa funeral descansan!"
¡Sólo aquellos que viven cual yo vivo
Comprenden el dolor que me desgarrar...!

Rodó mi cuna en los primeros años,
Como de amor visiones encantadas
Ruedan en la exaltada fantasía
De aquel que adora con pasión volcánica
A una mujer que en ángel la convierte
La ilusión de la mente enamorada;
De un sueño que la gloria diviniza,
De un fiel suspiro abrasador que exhala
El corazón que por la vez primera
Su ardiente amor a una mujer consagra.

Contaba doce años: una noche
(De la memoria no podré apartarla)
Noche terrible..., de recuerdos tristes...
Mi madre amargamente suspiraba
Y aún sorprendí dos lágrimas ardientes
Surcando sus mejillas abrasadas.

La oía suspirar, llorar la veía,
Cual un cadáver la encontraba pálida
Y de tanto sufrir ¡pobre inocente!
Yo no acertaba a adivinar la causa;
La niñez con sus gratos embelesos

No ve tras los placeres la desgracia.

Sin embargo, un secreto sentimiento
Me hacía padecer, no adivinaba
Porque en silencio suspiraba triste,
Porque vertía sus sentidas lágrimas;
Mas el latir del corazón violento
Futuras amarguras me auguraba;
El corazón que a veces nos seduce
Presintiendo el dolor jamás se engaña.

Madre, la dije con cariño tierno,
Di; ¿por qué lloras? Por qué resignada
Estás sufriendo ese martirio horrible?
¿Podrá saberlo el hijo que te ama
Y compartir contigo la amargura
Y hacerla con su amor menos pesada?

¡Jamás me olvidaré! Mi pobre madre,
Sonrió amargamente, y nuevas lágrimas
Empañaron sus ojos, y un suspiro
Dejó escapar a su dolor del alma.

¡Pobre Luis! me dijo con ternura
Retratando su amor en sus miradas,
No puedes comprender, porque yo lloro,
Por tu desdicha lo sabrás mañana
Cuando pierdas con tristes desengaños
Las bellas ilusiones de tu infancia.

Mira hijo: ¿te acuerdas de tu padre,
De aquel padre que tanto te adoraba
Y que ciego de amor te dio mil besos
Cifrando en tu fortuna su esperanza?

Sí me acuerda; le dije conmovido.
Pues bien, hijo adorado, mi desgracia
Mis martirios y penas los motivan
Esta ausencia que sufro resignada.

Hace dos años; para mí dos siglos,
Que como noble militar de España
Viendo herido su orgullo y patriotismo,
Y su querida y altanera patria
De un déspota extranjero poseída,
Por las huestes francesas ultrajada;

Se ausentó de nosotros y me dijo:
¡Adiós Emilia ! mi deber me llama,
Tengo una vida y no me pertenece,
El honor de la patria la reclama.
Siento correr la sangre por mis venas
Sedienta de victorias y venganza.

España hoy llora víctima inocente,
Su verdugo se goza en su desgracia
Y oprime con cadenas vergonzosas
Sus hijos que indignados las arrastran.
Y en vano pugnan ante el cruel tirano
Con ejemplar valor por quebrantarlas.

No, yo no puedo mirar ante mis ojos
Esos cuadros que el alma me desgarran
Que el corazón del hombre los repugna,
Que la conciencia pura los rechaza.
Soy aún joven, mi sangre es española,
Por España estoy pronto a derramarla,
¡Jamás se borrarán de mi memoria
hijo del corazón, estas palabras!

Pues bien; hace dos meses, ni noticias
Tengo de él, ni una esperanza
Viene a calmar la torcedora duda
Que me devora el corazón y el alma;
Al contrario, sospecho, hijo querido,
Que habrá muerto tu padre en la campaña.

¿Y qué será de ti, pobre hijo mío,
Sin tener más amparo que las lágrimas
Que vierte el corazón sin ilusiones
De una pobre mujer desamparada?

¡Ay, qué será de ti? sobrevivirle;
Yo no podré, marchita la esperanza
Del corazón que ciegamente adora
La vida se convierte en una carga,
En un martirio horrible, insoportable,
En un eterno padecer del alma
Hasta que al fin rendida de fatiga,
Se extingue, cual se pierde en la enramada
El eco quejumbroso de un suspiro,
Cual se abisma en el fondo de las aguas
El fragmento de un cuerpo que se arroja

A un mar a quien combaten las borrascas.

¡Ay, qué será de ti pobre hijo mío!
Cuando al posar tus inocentes plantas
En el desierto mundanal, te encuentres
Sin esa esencia virginal y santa
Del cariño profundo de unos padres,
Si te seducen sus mezquinas farsas
¿A quién dirás tus desengaños tristes?
¿En quién apoyarás tu confianza?
¿Qué ser te ofrecerá compadecido
De tu dolor una amistad sagrada?

¿Habrá tal vez una mujer hermosa
Que viviendo a tu lado enamorada
Cifre su orgullo en consolar tus penas
Y anhele con su amar aminorarlas?
¿Una mujer, que al verte solitario,
Compasiva te ofrezca de su alma
La pasión que purísima atesora
Y vele por tu dicha alegre, ufana,
Bebiendo cuando llores afanosa
El raudal abrasado de tus lágrimas?

¡No, pobre hijo mío! Nunca sueñes
Con amor y amistad, que son fantasmas,
Pues no teniendo donde alzar su trono
Solas y errantes por el mundo vagan
En vano llamarás en tu agonía;
Todas las puertas te serán cerradas,
Que un huérfano en el mundo es hijo mío,
Alma para sufrir predestinada.

Yo sentía morirme y, sin embargo,
Con atención profunda la escuchaba,
Un mundo de verdad y de ternura
He creído encontrar en sus palabras
Era su voz tan tierna y cariñosa
Corno el lejano murmurar del aura
Que acaricia a las flores soñolientas
En el naciente albor de la mañana.
Era un coro de amor que estremecía
Al corazón con su cadencia mágica.

Calló un momento, el dolor sin duda
Formó un nudo opresor en su garganta,

Ahogó un suspiro quejumbroso y triste,
E inmóvil se quedó como una estatua,
Cual si sacrificase su existencia
En aras del pesar que la abrumaba.

Mas bien pronto de su éxtasis profundo
Vino a sacarla una noticia infausta:
Tres golpes repetidos se escucharon
En una puerta, luego unas pisadas,
Y un hombre misterioso presentóse
En el umbral de nuestra pobre estancia.

--Señora,-- dijo con sereno acento
Sois vos doña Emilia Inés de Vargas?
--La misma. Caballero, ¿qué queréis?
--En momento solemne una palabra
He empeñado: la voluntad postrera
De un hombre debe sernos muy sagrada;
Su cumplimiento, señora, es quien me obliga
A llegar junto a vos; traigo una carta
Escrita por un pobre moribundo;
A vos os pertenece, pues, tomadla.

--Decidme: ¿de quién es? --Eso lo ignoro,
Las noticias que tengo no son amplias,
Para poder enterarnos del suceso
Su contenido dirá quien os la manda;
Traigo además este pequeño cofre
Que contiene una cruz y dos medallas,
Vos sabréis de quien son, señora mía;
Mas decid; ¿qué tenéis? ¡estáis tan pálida!
¿Os disgusta tal vez este relato,
¿Algún dolor mi narración es causa...?
Calmaos, esa carta es de un valiente
Que ha muerto en la defensa de su patria.
--¡La patria no le da padre a mi hijo
Ni consuelo a la esposa que lo amaba.
Y sucumbiendo al peso de sus penas
Cayó en el pavimento desmayada.

A solas me quedé con aquel hombre
Extraño y misterioso, a quien miraba
Mudo de admiración y sobresalto
Sin poder pronunciar una palabra...
Cuidad --dijo impasible-- a vuestra madre
Prestadle los auxilios que reclama

Su peligroso estado, y Dios os guarde:
Y así diciendo abandonó la estancia.

Indeciso he corrido hacia mi madre
La cubrí con mil besos, y las lágrimas
Expresión de mi acerbo sufrimiento
Bañaron sus mejillas abrasadas;
Lágrimas que un tesoro de ternura
De amor y sentimientos encerraban.

Al despertar de su cruel letargo
Cual un cadáver la he encontrado pálida,
Triste como los sueños de la muerte;
Su mirar melancólico, explicaba
Cuántos tormentos, cuántas desventuras,
En tan triste momento le abrumaban.

Desde entonces la pobre madre mía
Jamás vivió feliz, siempre abismada
En sus recuerdos lúgubres, sombríos,
Eternos días de dolor pasaba,
Y entre las sombras de la noche oscura,
En esas horas de misterio y calma
Cuando el silencio a la quietud convida,
Y la Luna cual reina soberana
Cruzando majestuosa el firmamento
De una corte de estrellas rodeada,
En los contornos del dormido mundo
La opaca luz de su fulgor derrama
Daba al viento sus ayes y congojas.
Siempre buscan las almas desgraciadas
La quietud, y el misterio de la noche
Para decir sus lastimeras pláticas;
Tal vez porque el estrépito mundano
Con sus locuras el dolor profana.

El corazón que sufre es un verdugo
Que mata la ilusión y la esperanza,
Un cáncer que corroe sordamente,
Y anhelando explicar nuestros dolores
Cual víctima inocente abandonada:
Al denunciar al mundo su vileza
Ahoga nuestra voz en la garganta,
Nos hace padecer el cruel martirio
Sin poder protestar a tanta infamia
Hasta que al fin exánime sucumbe

Bajo su peso poderoso el alma.

Un día me llamó junto a su lecho
Me entregó una cruz y dos medallas
Diciendo con acento moribundo:
Voy a morir hijo mío, y no me espanta
La muerte, que es un bálsamo divino
Que los pesares y amarguras calma;
Lo siento por dejar en este suelo
A una mitad querida de mi alma
Sola, sin más amparo que el del cielo.

Graba en el corazón estas palabras
Cuando te hastíes de llorar las penas
Esta cruz te dará valor y gracia,
Recogerá tus lágrimas si lloras,
Calmará tu amargura y tu desgracia;
No abandones jamás en las peligros
Esta divisa misteriosa y santa
Que los cárdenos labios de tu madre
Con un beso de amor van a sellarla.
Y un beso puro, ardiente, apasionado
Pudo estampar en sus divinas plantas.

Ve a Santiago, en la sagrada tumba
Del Apóstol, coloca estas medallas
Por la querida sangre de tu padre
En el rudo combate conquistadas;
Son un tesoro para mí, y anhelo
Al Apóstol Santiago consagrarlas.

Cumple, hijo fielmente esta promesa,
Tu madre moribunda te lo encarga.
Cuando en el mundo solitario vagues,
Ve donde posas tus incautas plantas,
Y no sueñes jamás, pobre hijo mío
Con amor y amistad, que son fantasmas,
Pues no teniendo donde alzar un trono
Solas y errantes por el mundo vagan.

Y así diciendo con afán sincero
Rodeó con sus brazos mi garganta...
¡Ay, perdonadme! proseguir no puedo
Tan triste historia, el valor me falta,
El corazón suspira, y los dolores,
Verdugos sin piedad lo despedazan...

¡Un memento terrible es para un hijo
Ver morir a su madre idolatrada
Sin poder defenderla de la muerte!
¡Verla morir... y no poder salvarla!

Después de unas instantes, un cadáver
Era la madre que veló mi infancia,
Y su postrer adiós, que ha recogido
Como prenda de amor herida el alma,
Fue el triste anuncio de orfandad y luto;
El germen de mis males y desgracia;
Así halló con la muerte de una madre
El fin tremendo tan horrible drama;
Tal es la historia que en mi pensamiento
Con signos de dolor está grabada.

--Llevar la desventura en la memoria
Es del mortal la malhadada suerte,
Nace el hombre, y esclavo de la muerte
Vive en los breves días de su historia
El mundo en un desierto se convierte
Cuando al lanzarse en él can sed de gloria,
Halla a sus pies la sima que le advierte
Que es loca su ambición, necio su anhelo;
Que la gloria es verdad sólo en el cielo.

¿No es la gloria soñada en este mundo
Una mera ilusión, quimera vana,
Si el goce que soñamos más fecundo
Convertida en dolor vemos mañana?
Aquí se vive entre un dolor profundo,
Y es inútil buscar en la agonía
Los sueños de una plácida alegría.

Que el hombre es un errante peregrino
Perdido en las malezas del desierto
Que va cruzando sin ventura y tino
Un camino fatal, árido e incierto,
Conducido al azar de su destino;
Hasta que al fin rendido de fatiga
Halla en la muerte salvadora amiga.

Resignado seguid vuestro destino
Llorando amargamente en este suelo
Infeliz peregrino;
Las lágrimas que arranca el desconsuelo

Humedeciendo el mundanal camino
Hacen más fácil la subida al cielo.

Reinó un momento sepulcral silencio,
Levantose el anciano y su hija Áurea,
Después de saludar al peregrino
Abandonaron la modesta estancia.

Ente, al hallarse solo y fatigado
Buscó en el sueño la quietud que ansiaba.
Transcurrido un momento, en la vivienda
Todo yacía en silenciosa calma.

IV

ÁUREA MARÍA

¡Ay! triste del que mira
Perdida la esperanza
De los dorados sueños
Que un día imagina
Y resignado sabe
Que su dolor no alcanza
A devolver la dicha
Perdida al corazón.

¡Ay! triste del que sigue
La malhadada huella
De un porvenir oscuro,
De un caprichoso azar,
Sabiendo que le arrastra
Su maldecida estrella,
Hacia el fatal abismo
De un insondable mar.

¡Ay! triste del que alegre
En sus primeros años
De amores y delicias
Un mundo imaginó,
Y en él encuentra sólo
Amargos desengaños
Cuando gozarlo ansía
Su ardiente corazón.

¡Ay! triste del que ufano

Miraba en lontananza
La esplendorosa estrella
De su felicidad,
Y cuando más la veía
Con plácida esperanza
Sus resplandores bellos
Nubló la realidad.

¡Ay! triste del que anhela
Vivir en la armonía
Que en sus dorados sueños
Estático escuchó;
Y ve que sus deseos
El mundo contraría
Llevando su esperanza
Su mágica ilusión.

¡Ay! triste del que vive
Llorando en este suelo
Sin encontrar la calma
Que anhela el corazón,
Y ante sus ojos mira
Brindándole consuelo
Las encantadas dichas
De un imposible amor.

¿Quién puede devolverle
La dicha que ha perdido?
¿Quién calmará las penas
Del triste corazón,
Que en su dolor profundo
Se encuentra sumergido
Exento de esperanzas,
Sin glorias ni ilusión?

Así Áurea en el mundo
Cifraba su ventura
En los hermosos sueños
Que en la niñez pasó,
Y cuando más ansiaba
Gozar de su hermosura,
Los tristes desengaños
Robaron su ilusión.

Para mayor martirio
De tanta desventura,

Llorando sus pesares
Con fiel resignación;
Vino a turbar su calma
(Si hay calma en la amargura)
El porvenir risueño
De un imposible amor.

¡Amor! plácido ensueño
Del alma enamorada,
Estrella misteriosa
Que alumbra el corazón;
Guiándolo tranquilo
A la inmortal morada
Donde verdad las dichas
Y los placeres son.

¡Amor! divina fuente
De celestial ternura
Donde su sed ardiente
Mitiga el corazón;
Esencia de la vida,
Flor que conserva pura
Del mundo en el desierto
La mano del Creador.

¡Amor! raudal divino
De inspiración sagrada,
Bálsamo de las penas
Del triste corazón;
¡Cuanto en el mundo existe,
Con su ilusión soñada
Revive y presta encantos
La fuerza del amor.

Corriendo mansamente
La brisa gemidora
Que halaga cariñosa
La perfumada flor,
En su murmullo mágico
Con voz conmovedora
Diciendo va inspirada
"Bendito sea el amor".

La tórtola inocente
Que en el ramaje anida,
En sus baladas tiernas

El ruiseñor gentil;
Con armoniosos coros
Al asomar el día,
Nos dicen inspirados:
"Amar para vivir".

La solitaria luna
Que cruza el firmamento
Vertiendo sobre el mundo
Su plateada luz;
De los misterios reina,
También al pensamiento
Inspira los encantos
De amor y de virtud.

Y a solas, sin testigos
Vertemos nuestro llanto,
Las lágrimas del alma,
Consuelan la aflicción;
Son celestial rocío.
Que entre el cruel quebranto
Conserva siempre bella
La flor del corazón.

¡Oh! sólo un alma para
Que vive suspirando
Lejana del ruido
Del mundo engañoso,
Puede volver su dicha
Perdida recobrando
Al exhalar a salas
Las quejas de su amor.

Pobre, Áurea, infortunada
También a solas lloras;
Perdiste los ensueños
De tu primera edad,
Y buscas el consuelo
De la ilusión que adoras,
En el misterio triste
De muda soledad.

Y en tu desgracia aciaga,
En tu dolor profundo;
Ni una esperanza sola
Abriga el corazón;

Que ante tus ojos miras
Vagar en este nido
Las encantadas dichas
De un imposible amor.

¡Ay! triste del que mira
Perdida la esperanza
De los dorados sueños
Que un día imaginó;
Y resignado sabe
Que su dolor no alcanza
A devolver la dicha
Perdida al corazón.

¡Ay! Triste del que sigue
La malhadada huella
De un porvenir oscuro
De un caprichoso azar;
Sabido que le arrastra
Su maldecida estrella
Hacia el fatal abismo
De un insondable mar.

Está serena la noche;
Todo yace en santa calma
Y no interrumpe el silencio
Ni la más ligera ráfaga,
Ni los ecos melancólicos
De las tórtolas que cantan
Desde sus frágiles nidos
Entre la agreste enramada;
Ni los acordes sonidos
Que forma al besar el aura
Las aromáticas flores
De la contigua montaña.

En una casa de campo
Que se eleva solitaria
Al borde de un riachuelo
Que todo el contorno baña,
Se ve brillar una luz
Tras le vidriera diáfana,
Y una joven hermosísima
Con ambas manos cruzadas
A los pies de un crucifijo
Inmóvil como una estatua

Mas bien que mujer, parece
El ángel de la esperanza
Que implora a su Dios clemencia
Por las almas desgraciadas.

¿Quién adivina el secreto
Recóndito de su alma?
¿Quién dirá lo que ella implora
Con tan frenéticas ansias?

Tal vez en este momento
Sombrío recuerdo empañá
El cristal de su alegría
Virginal y sobrehumana;
Tal vez piensa en los dorados
Puros sueños de su infancia,
Y al prever de este mundo
La impura y mezquina farsa,
Virgen corazón sentido
Profundo suspiro exhala
Como llorando en silencio
Por las miserias humanas.

Se levantó presurosa,
Murmuró algunas palabras
Entreabriendo sus labios
Que roban la esencia al ámbar;
Y luego con paso firme
Y con altiva mirada
Se dirigió decidida
A la convecina estancia.

Tendido en modesto lecho
Un anciano se encontraba
Descansando dulcemente,
Con esa sublime calma
Que a los corazones justos
En el peligro acompaña.

--Dios os guarde, padre mío--
Dijo la joven con gracia
Imprimiendo un beso ardiente
En sus respetables cavas
El anciano con cariño
Le dirigió una mirada
De esas que siempre expresivas

A nuestro corazón hablan.
--Gracias-- le dijo el buen padre--;
No te creo una hija ingrata,
Has pensado en la fortuna
Y el porvenir que te aguarda,
Quieres huir del peligro
Y pasar la vida santa
Retirándote al convento
Cumpliendo así mi esperanza.

--No, padre mío, no puedo
Ya permanecer callada--
Murmuró la bella joven
--Yo sufriré resignada
Todas cuantas privaciones
Sobrevengan, animada
Siempre por vuestro cariño
Respetaré vuestras canas;
Mas permitidme que os diga,
Que la hija que humillada
Vivió por meros caprichos,
Hoy está determinada,
Aunque bien lo sabe el cielo
Con harto dolor del alma,
A no obedecer al padre
Que de tal modo la manda.
--¿Cómo? --Cual lo he dicho,
Aunque es la vendad amarga.
--Luego... --Es en vano suplicar
Si de ese asunto se trata.
--Es decir, ¿que la hija ordena
Y el padre obedece y calla?
--Padre mío, son inútiles
Reconvenciones tan agrias,
Es que la hija en el mundo
Está de sufrir, cansada.
--De ese mundo, ayer tranquila
A la ficción renunciabas;
Hoy a mi pesar te veo
A tal acuerdo contraria
Sin comprender el motivo,
Y esa veleidad, me extraña;
¿Podrá, pues, saber tu padre
De tanto dolor la causa?
--Comprenderéis muy bien
Que entre el presente y mi infancia

Hay una gran diferencia,
Una poderosa valla;
De esa edad encantadora
Mi madre fue la esperanza;
La ilusión y la alegría,
Porque a su lado pasaba.
Esas horas misteriosas
De placer y bienandanza
Que una vez sola se gozan,
Que apenas vienen, se marchan,
Dejando débil recuerdo
Para martirio del alma.

Yo, (muy niña todavía),
Un mundo de amor soñaba
Sin comprender que mi dicha
Era, cual la flor galana
Que nos da agudas espinas
Si llegamos a tocarla;
Cual fresca, abundante fuente
Que al llegar a ella agobiada
De sed fatigas y pena,
Al punto su curso para
Negando el dulce consuelo
De sus cristalinas aguas.

Hoy siento que en mí se agitan
Sueños, amores y ansias
Que inquietan el corazón
Haciendo sufrir al alma,
Y temo, padre querido,
Por mi futura desgracia.
No puede ser un convento
El puerto de mi esperanza,
El corazón me lo dice
Y ése jamás nos engaña;
Resignación es precisa,
La vocación necesaria;
E ingenuamente lo digo,
Entrambas dotes me faltan.

Si reflexiono un momento
En que he de vivir aislada
En la soledad del claustro,
Sin saber por qué las lágrimas
A mi pesar muchas veces,

Mis tristes ojos empañan.
Si abismada; en los recuerdos
De mi venturosa infancia,
Los temores del presente
Con el porvenir batallan,
Y miro en ese convento
Una cárcel voluntaria
Donde es preciso encerrarse
Con la abnegación más santa,
Renunciando a los placeres
Que el mundo atesora y guarda;
Cuando sediento de amor
El corazón nos halaga,
Cuando imagina la mente
Una mansión encantada
Donde es verdad el placer,
Donde se vive y se ama,
Un vago presentimiento
De desventura, me asalta,
Y la voz de la conciencia
Me dice que es necesaria
La soledad de los claustros
A aquel que en secreto arranca
Sus quejas, y ve del mundo
Las realidades y farsas
Necesitando otra atmósfera
Para respirar más sana,
Donde encuentre nueva vida,
Vida que borre sus manchas;
No para mí, padre mío;
Que aún tengo virgen el alma.

¿Y puedo yo responder
Si sabré tener constancia
Cuando con los tristes años
Conozca mi error mañana?

No, querido padre mío,
Mi corazón lo rechaza:
Ese convento es la tumba
Do debo ser sepultada
Abogando en mi propio ser
Mis ensueños y esperanzas;
Es una prisión perpetua
Donde yacen encerradas
Víctimas del egoísmo

O de ambiciones bastardas;
Si hay una por convicción,
Se encontrarán cien forzadas.

No, ¡imposible!, no puedo
Obedeceros, que es causa
Justísima la que tengo,
¡El corazón, no se manda;
Ni hay quien pueda en este mundo
Hacer insensible al alma;
Ni quien de los pensamientos
Corte la carrera rápida,
Ni rejas que los detengan;
Porque con sutiles alas
Por el espacio infinito
A imagen de Dios se alzan.

Sabed también, padre mío
Quiero despojar la máscara
Que oculta mi sentimiento.
Jamás me nombréis de ingrata
Que a hablaros voy sin reserva,
Con entera confianza.
Vuestra bondad me lo inspira
Y la exige vuestras canas;
En nadie más que en un padre
Debemos depositarla:
Sabed, pues, que me resisto
Porque mi corazón... ama.
--¿A quién? --A aquel peregrino
Que pernoctó en nuestra casa.
--¿Quién te ha inspirado ese amor?
--La historia de su desgracia.
--¿Te ama también.? --Ciegamente.
--¿Te lo dijo? --Sus miradas
Melancólicas y tiernas
Así me lo revelaban.
--Puede ser que te equivoques,
Las apariencias engañan.
--El lenguaje de los ojos
Es el lenguaje del alma.
--¿Le has vuelto a ver? --Por dos veces.
--¿Y te puede hablar? --Me habla.
--¿Qué te dice? --Que me adora
Que hay una vida encantada
De ilusiones y caricias,

Un tesoro de esperanzas
Y eternas felicidades,
Para el amor reservada.
--¿Y le crees? --¡Triste de mí
Si de esa verdad dudara!
--La fe del primer amor
Es quien te pierde. --Me salva.
Me dice que soy hermosa,
Que moriría de lástima
Si viera que en un convento
Se marchitaban mis gracias;
Que imaginase que el hábito
Es igual a una mortaja,
Mi oscura celda a una tumba;
Que no olvide que me ama
Y que le fuera imposible
Vivir sin mí: que mañana
Tal vez anhele salir
Y morirá mi esperanza
Al mirar los fuertes hierros
De mi celda solitaria;
Que sepa que allí no existe
Un ser que enjague mis lágrimas;
Que he de pasar una vida
Monótona, fría y pesada,
Siempre en el coro rezando
De la noche a la mañana,
Sin hallar jamás descanso
A pena y fatiga tantas.

--¿Te dice más, hija mía?
--Sí, me dice gane os persuada
Con súplicas y caricias
De que buscáis mi desgracia
Y si es preciso elegir,
Que sin vacilar en nada,
Entre el convento y la muerte
Que ésta prefiera me encarga.

--¡Oh! éste es un imposible
--No los hay para quien ama;
Pero decid, ¡padre mío!,
¿Este amor tanto os extraña?
--Hija; jamás ya creyera
Que fueras conmigo ingrata.
--El amor nunca es delito

Si el crimen no le acompaña :
Cuando un padre sacrifica
Nuestro corazón en aras
De una ambición desmedida
O de un capricho, y nos falta
Con el rigor de su trato
El cariño y la confianza
Buscamos en otro ser
El amor, y descuidadas
De nuestra suerte, creemos
Al primero que nos habla
Con interés y ternura,
Y quizá de una palabra
Muchas veces al acaso
Por un hombre pronunciada,
Queda la dicha pendiente
De la mujer porque incauta
Presta atención muchas veces
Al que busca su desgracia.

Somos débiles, y el mundo
Tiene poderosas armas
Para luchar pon nosotras:
En tal desigual batalla
Despreciamos los peligros
Mas al fin desalentadas,
Cedemos, porque la fuerza
Cualquier obstáculo allana.

Si al vacilar encontramos
Quien nos aliente, animadas,
Con nuevo valor seguimos,
Sin temer nunca a las armas
Conque este mundo enemigo
Nuestra dignidad conbata.
Una hija sin consejos
No sabe por donde marcha,
Y si su padre la hostiga,
Cuando debiera alentarla,
Si le niega su cariño
Y retira la confianza,
Tal vez indecisa busque
Su perdición, va cansada
De sufrir tantos rigores
De la persona que ama;
Y comprendedlo muy bien;

De los Padres la ignorancia
Es de nuestra perdición
Algunas veces la causa;
¡Cuántos padres ocasionan
De sus hijos la desgracia!...

Hoy mi dicha está pendiente,
De una decisión tomada
Pero antes tened presente
Que el corazón no se manda,
Y pretenderlo tan sólo
Es seguir tras un fantasma.

Un convento es una tumba
Donde yacen sepultadas
Las que mueren para el mundo
Por convicción, o por farsa;
Para no ofender a Dios
Y cual se debe, ocuparla,
Resignación es precisa,
La vocación, necesaria,
E ingenuamente lo diga
Entrambas dotes me faltan.

¿Qué voy pues hacer en él?
¿Ocultar tras una máscara
Hipócrita la aversión
Que le profeso? ¡Insensata
La que obre así! que a este mundo
Con fingimientos se halaga.
Mas no a Dios que lo ve todo,
Y a ese Dios nunca se engaña.

Sólo un remedio me queda
Entre incertidumbre tanta,
Arrancadme el corazón,
Haced insensible mi alma
Y os obedezco gustosa,
Profesaré cuando os plazca;
De otro modo, es imposible,
El corazón no se manda.

--Hija mía, ya comprendo
Cuanto ambicionas, y basta,
He pronunciado una orden
Y no debo revocarla.

--Porque no os condele, padre,
El dolor que me desgarrar.
--Porque no cedo a un capricho
El puesto de la observancia,
Porque busco de mi hija
La felicidad, e ingrata
Con glacial indiferencia
Todos mis desvelos paga.

--¿Buscáis en un convento
Mi felicidad? ¿Amarga
Y triste prueba os espera!
Es mal modo de buscarla
Retirando los consejos
Y prodigando amenazas.

Y así diciendo, y dejando
Atónito al padre, Áurea,
Con paso altivo ausentóse
Al instante de la estancia.

V

RESIGNACIÓN

Quedó el anciano a solas. Un momento
Sumido entre cruel melancolía
Permaneció; sin duda un pensamiento
Buscando de las dichas de otro día,
Quizá en secreto por su mal llorado,
En un pasado de pesar perdido.
Mil veces evocado,
Otras tantas legado en el olvido.

Que cuando el alma sufre, cuando llora
El corazón sin encontrar consuelo,
Y sin una esperanza salvadora
Mira perdido su dichoso anhelo;
Con un dudoso porvenir batalla.
Con los temores del presente lucha,
Que si sus peroras y ansiedad no acalla
Su calma es poca, su locura mucha.

Y al fin sucumbe en esa lucha horrible

Bajo el poder de realidad amarga,
Y en el presente mira un imposible,
Y en lo pasado una pesada carga.

Cansado de fingir en su amargura,
Al ver la triste realidad delante
El llanto respondió a su desventura;
Y en su cruel delirio, en su locura,
Con ambas manos ocultó el semblante.

--Por mi mal has nacido-- prorrumpía
En su fatal delirio--
En algún tiempo fuiste ¡ay hija mía!
Mi risueña esperanza, mi alegría,
Para hacerme sufrir un cruel martirio
En la vejez que tanto yo temía.

¡Sueñas con los amores! ¡Qué quimera!
¡Qué ilusión vana...
Cual si tu pobre padre no supiera
Que no hay pasión en el hombre verdadera,
Con negra ingratitud paga mañana
A la mujer que con más fe lo quiera!

Has perdido tu madre, y un consuelo
Buscaste a tu dolor, en las amigas,
Sin ver que la amistad en este suelo
No es más que una ficción; y me desvelo
Porque ellas han de ser las enemigas
De tu quietud y venturoso anhelo.

¡Y ellas te han perdido! Y el que adoras
Con tus torpes amaños
Quizá tus bellas y tranquilas horas
Hará tornar en noches vengadoras,
La ilusión de tu amor, en desengaños.

¡Corazón...! ¡corazón! Qué bien decías
Con tu latir violento
Que más sueños, más glorias y alegrías
En un eterno infierno de falsías
Iban a transformarse en un momento!

Hija unía, serás muy desgraciada
¡Sabe Dios que lo siento!
Pero antes que mirarte abandonada

De este mundo entre el loco fingimiento
En las negras paredes de un convento
Preferible es tenerte sepultada.

Ayer, ese destino te mareaba
Porque era mi deseo
Porque a tu bien en el mundo lo juzgaba;
Hoy que contraria a mi ambición te veo
Más se aumenta el afán que me animaba.

Sí, irás al convento, así lo espero,
En él haré tu suerte
Y ese orgullo soberbio y altanero
Y el amor que imaginas tan sincero
Que no podrá borrar sino la muerte,
Allí hallarán su término postrero.

Mas no..., Dios mío, ella me dijo,
Que amaba con locura
Y siempre queda el pensamiento fijo
En el primer amor, es imposible
Borrar ese recuerdo de ternura
Bella ilusión que halaga nuestra vida,
Placer indefinible
Que a la quietud del corazón convida,
Imán de una atracción irresistible
Do queda el alma sin saber prendida.

Sí, ella ama, cual lo siente lo dijo,
Mandar su corazón, es imposible.
¡Cuánto padece un padre por un hijo!
Yo que sólo la exijo
Que preste a mis mandatos obediencia
Porque conozco el mundo,
Y anhelo conservar de su inocencia
La dulce paz, para dolor profundo
Y cruel martirio de mis tristes años.

Esa hija que amaba
Me hace tocar amargos desengaños
Cuando más obediente la juzgaba.

Mas no, ella no ha sido, la impulsaron
A proceder de tan ingrato modo,
Sus febriles deseos halagaron
Y haciendo viese un paraíso en todo

Su virgen corazón han pervertido,
Y hoy en pos de las bellas ilusiones
Que te hicieron soñar y le han mentido
Siempre ansiosa de nuevas impresiones
El desierto del mundo va cruzando
Sin comprender tal vez, en su exigencia
Que también va arrancando
Cada paso que avanza
Un sueña virginal a su inocencia,
Una hoja a la flor de su esperanza.

Padezco horriblemente si la miro
En silencio sufrir; si llora, lloro;
Hasta mi alma penetra su suspiro
Porque ciego la adoro
Y un hijo para un padre es un tesoro.
¡Ay hija de mi alma! si supieras
Cual tu padre infeliz; lo que es el mundo;
Si sus torpes amaños conocieras
Y el lodazal inmundo
Do sus mezquinas ambiciones vieras
Tal vez arrepentida
Volverías los ojos hacia el cielo
Demandando a tus penas un consuelo
En el ancho desierto de la vida.

¡En tanto así habla el anciano,
Velando su hija llorosa
Ve pasar amargamente
Los momentos y las horas,
Que en vago tropel confuso
Acuden a su memoria
Los encantados ensueños
De su infancia venturosa,
Y sin tener un consuelo
Que calme sus penas hondas
Yace triste y resignada,
Y sufre, suspira y llora.

Reina un silencio profundo
En aquella estancia lóbrega
Que sólo alumbra una lámpara
Que está pendiente en las bóvedas
Luz moribunda, fantástica
Prestando al espacio, estorba
El ver claros los objetos

Que destacan en las sombras.

De vez en cuando un suspiro
Deja escapar fatigosa,
Expresión mal comprimida
Del dolor que la devora,
Querrela del sentimiento
Que su corazón destroza
Y la postrer esperanza
De sus ambiciones roba.

Doquiera la vista tiende;
Su exaltada mente forja
Vagos fantasmas y espectros
Que varias figuras toman,
Y unos tras otros se ahuyentan
Entre confusión diabólica,
Y en las sombras aparecen
Y se ocultan en las sombras;
Ya con marcada medida
O en confusión revoltosa,
Según el delirio aumenta
O renacen las congojas.

Con amarga incertidumbre
Sus tristes ojos entorna,
Y dos atrevidas lágrimas
A sus pupilas asoman
Denunciando la tortura
Que entre el secreto devora;
Al reclinar la cabeza
Sobre sus manos se agolpan
Los rubios y bellos rizos
De su cabellera blonda,
Y ocultan su faz que muestra
Una expresión melancólica.

Convulsiva algunas veces
Un pequeño cofre toma
Y lo contempla en silencio,
Y lo besa cariñosa,
Tal vez encierra el secreto
De alguna perdida historia
Que en recordar solamente
Ufana el alma se goza;
Quizá sienta en su presencia

Revivir las dichas todas
Que en momentos más felices
Eran su ambición y gloria
Y del dolor olvidada
Goza en contemplarlo absorta.

Mas la verdad impasible,
Desvanece presurosa.
Las ilusiones soñadas
Par su fantasía loca,
Y vuelven los desengaños;
Y entre inquietud y zozobra
Ve pasar amargamente
Los momentos y las horas
La melancólica virgen
Que habita esta estancia lóbrega
La de los cabellos rubios
Que sufre, suspira y llora.

Después de tanto sufrir
Una sonrisa sardónica
Nace en sus carmíneos labios
Sarcasmo, burla irrisoria
Del dolor irresistible
Que en su mismo pecho ahoga:
A veces con interés
En sus blancas manos toma
Una carta que sin duda
Tanto dolor ocasiona,
Pues con ansiedad la lee;
Ya la cierra o la desdobra.

O bien la oculta en su seno,
Desconfiada o temerosa
De que unos ojos la miren
Con malicia hostil y sórdida
Y sorprendan el secreto
Que se revela en sus hojas.
Más convencida y segura
De que se encontraba sola.
Dando expansión a su alma
Con triste acento leyóla.

Así está escrita la carta
Que tanta pena ocasiona
A la que entre desengaños

Incertidumbre y zozobra
Ve pasar amargamente
Los momentos y las horas,
A la candorosa virgen
Que habita esta estancia lóbrega;
A la de los rubios rizos
Que sufre suspira y llora.

"Luis, un martirio horrible
Desgarra mi corazón,
Lucho en vano, mi ambición
Conseguirla es imposible.

"Aunque a tu alma taladre
El más agudo tormento,
Mi destino es un convento;
Así lo ordena mi padre.

«Cedo a su loca exigencia
Con santa resignación
Porque es una obligación
Prestar a un padre obediencia.

"Fue nuestro amor un delirio
Una ilusión pasajera;
Pensar en él sólo fuera
Alimentar un martirio.

"Y quien te adora prefiere
Imaginar que soñó;
Con la desgracia nació
Y entre la desgracia muere.

"Ten paciencia, no te aflija
Mi desventura y dolor,
Prefiero morir mejor
Antes que ser mala hija.

"A consolar tu aflicción
Debe mi Luis, bastarte,
Que siempre sabré guardarte
Dentro de mi corazón.

"Nuestro destino lo quiso;
Y para martirio eterno
¡Soñamos un paraíso

Para encontrar un infierno!

"Si alguna vez llego a ser
Para ti un recuerdo odioso,
¡Ojalá te haga dichoso
El amor de otro mujer...!

"Quiera el Cielo que algún día
Puedas, Luis, encontrar
Algún ser que sepa amar
Lo mismo que Áurea María.

"Dios consienta que sucumba
Tu amor en el pensamiento
Que al fin yo voy a un convento
Y ese convento es mi tumba...

"Aún puedes ser muy dichoso
No pienses jamás en mí,
Haz cuenta que sólo fui
Un sueño, un ser misterioso.

"Yo te lo digo llorando,
Nunca te podré olvidar;
Supe en la niñez amar
Y debo morir amando.

"Tu memoria estará unida
A mi inquietud y dolor,
Fuiste mi primer amor
Y ese amor jamás se olvida.

"No vuelvas a mi camino,
Un abismo entre los dos
Tal vez interpuso Dios
O la fuerza del destino.

"Adiós, Luis, la emoción
Mi débil acento embarga
¡Tengo una pesada carga
Que me oprime el corazón!

"Adiós, sí, el alma mía
Sufre y calla su rigor,
¡Que triste ha sido su amor!
Adiós, Luis. Áurea María"

VI

UNA NOCHE EN SANTIAGO

Venid los que sentís latir de amor el alma
Al lisonjero impulso
De mágica ilusión;
Venid los que anheláis en venturosa calma
Bañar las ondas penas
Del triste corazón.

Yo, trovador errante, las playas de Galicia,
Para cantar sus glorias
Es mi ambición cruzar,
Anhele que triunfen la paz y la justicia;
A la virtud venero;
Dejadme, pues, pasar.

Respeto las creencias del pueblo do he nacido
La fe de sus altares
Siempre juré cumplir;
Ese sagrado lema jamás he desmentido
Y antes que ser perjuro
Preferiré morir.

Ese invencible pueblo del Cántabro a la orilla
Trabaja, porque anhela
Con honradez vivir;
A la virtud y al mérito la altiva frente humilla
Pero al tirano yugo
No sabe sucumbir.

Por eso yo respeto
El pueblo do he nacido,
Su historia y sus desgracias
Me dan inspiración;
¡También como mi patria
Me veo en el olvido!
También proscrito llora
Mi triste corazón!

Y en mi desgracia anhela

Vivir independiente
Sin tributar a nadie
Servil adulación;
Quiero a la faz del mundo
Mostrar mi altiva frente
Sin manchas de deshonra
Ni infame humillación.

Los lauros de la gloria
Janás he pretendido
Cantar las de mi patria
Es mi única anibición;
Sólo desprecio ecuento,
(Que al fin pobre he nacido)
Mass mi constancia es mucha;
Mayor mi abnegación.

Bien sé que de este modo
No haré jamás fortuna.
Que moriré olvidado
Quizá en un hospital;
¿Qué importa? La desgracia
Me dio desde la cuna,
Un alma indiferente
Que juzga todo igual.

Mis cantos desprovistos
De mágica armonía
De mi sentir sincero
Son la íntima expresión;
Con lauros no pretendo
Ornar la frente mía,
Cantar las glorias patrias
Es mi única ambición.

Yo soy desorientado
Y errante peregrino
Que por el mundo vaga
En brazos del azar;
Sembrado de amarguras
Encuentro mi camino,
Mi historia es un compendio:
Vivir para llorar.

¡Llorar! También mi patria
Desventurada, llora

Mirando en la indigencia
Sus hijos perecer;
Y en vano la justicia
De su tirano implora,
Porque tirano y justo
Es imposible ser.

¡Galicia, patria mía!
Jamás de tu tirano
Con los llorosos ojos
Mendigues compasión;
No de tus pobres hijos
Ha de latir en vano
Dentro del noble pecho
Un joven corazón.

¿Quién sabe tu destino?
El Dios de la justicia
Protege la desgracia
Con celestial bondad;
Tal vez alumbre un día
Al cielo de Galicia
Un astro de esperanza,
De gloria y libertad.

Sobre las débiles restos
De sus grandezas antiguas,
Reina orgullosa que llora
Triste, olvidada y proscripta,
Yace la ilustre Santiago
Ciudad populosa y rica.
Ayer mansión de los reyes
Y señora de Galicia,
Hoy esclava del orgullo
De la infamia y la injusticia
Va hundiéndose por momentos
Entre sus negras ruinas.

Fiel retrato del poder,
Del lujo y la tiranía,
De las humanas grandezas
Que cual humo se disipan
Es hoy Santiago, que en vano
Ansía volver a la vida
Que le arrebató sin duda
Otra reina envanecida

Que al fin cual ella ha de verse
Triste, olvidada y proscripta,
Pues el poder de los pueblos,
Continuamente vacila,
Y aquellos que hoy orgullosos
Entre el resplandor se miran,
Mañana, a quien despreciaron
Algún amparo mendigan;
Tal es el mundo en compendio,
Tal son sus grandezas miseras.

Las doce son de una noche,
Oscura, lluviosa y fría
Del mes de enero: el silencio
Impera en la ciudad mística
De un modo tal, que no hay damas,
Que tras de las celosías
Esperen con impaciencia
Alguna amorosa cita;
(Quien conozca sus costumbres
Ha de juzgarlo mentira).

Ni padre que aceche inquieto
Con demasiada malicia
Al que ha robado la paz
Del corazón de su hija;
Ni enamorado galán
Que desvelado resista
Los torrentes de la lluvia,
El viento que zumba y silba;

Ni se oyen las serenatas
De la alegre estudiantina
Que son de remotos tiempos
Esperadas y continuas
Y dan al pueblo abatido
Nueva animación y vida,
Pues un silencio profundo
Impera en la ciudad mística.

¡Están las calles desiertas,
No se advierte ni divisa
Una luz tras las vidrieras
Que es la noche oscura y fría
Y buscan los moradores
Quizá en la cama mullida

El sosiego, y la quietud
Que la intemperie les priva;
Sólo las gigantes torres
De las iglesias vigilan,
Centinelas avanzados
Que custodian las cenizas
Del hijo del Zebedeo
Y a las nubes desafían.

De la última campanada
Aun la vibración se oía,
Cuando se entreabrió una puerta
Con recatada malicia
Y dos personas envueltas
En sus anchas esclavinas;
Parándose en el umbral
Una mirada furtiva
En torno suyo dirigen
Cual dudando de ser vistas.
Al fin de que estaban solas
Seguras y convencidas
A lo largo de la calle
De esta manera platican:

--La caprichosa fortuna
Quiso traernos aquí.
--¡Qué oscura es la noche...! --Sí.
Está durmiendo la luna.
Duda no cabe, es de vago
Y de excelsa jerarquía,
La vida que pasa hoy día
Un estudiante en Santiago.

Los libros, ¡Dios los esconda!
¿Quién se acuerda de estudiar
Después de ver y pasar
La noche entera de ronda?

Pero... hablemos con franqueza,
Sobre todo, la confianza
¿Quién es tu dulce esperanza,
Donde habita esa belleza?

--¿Cuál? --La que cansa tu tristeza.
--No te puedo adivinar.
--Luis, quererlo ocultar

Es un sueño, una ilusión,
Las quejas del corazón
No se consiguen ahogar.

Sí, te hastías de sufrir
Te impacientas de esperar,
Y no ves jamás venir
El mágico porvenir
Que te empeñas en soñar.

Hoy te miro triste, inquieto,
E ingenuamente lo digo,
Me sorprende ser tu amigo
Y no saber tu secreto.

Tú me dijiste, es preciso
Pasar esta noche en vela
Y aunque nada me consuela
Yo te obedecí sumiso.

Pero pierdo la esperanza
Al tener casi por cierto
Que dentro de tu alma ha muerto
Para mí la confianza.

Bien sabe que sufro, el Cielo,
Viéndote Luis, así,
No puede haber para ti
En este mundo consuelo.

--Es una mera aprensión
No sufro... --inútiles son
Tus reservas y tu excusa
Porque sin piedad te acusa
Esa misma turbación.

Yo desconozco el motivo
De tu dolor y deseo
Pero en tus miradas leo
Que vives por otra... --Vivo
Sin corazón y sin alma
Sufriendo un atroz martirio.

--Ese amor raya en delirio,
Te recomiendo la calma.
Tal vez te fuera mejor

Seguir mi plan según creo,
Házte estoico y ateo
En las cuestiones de amor.

Acepta, pues, mi opinión
Que al fin no es un sacrilegio.
--¿Y quién tiene el privilegio
De mandar el corazón?

--Para la loca exigencia
Del amor que nos domina
Hay una gran medicina.
--Y cuál es? --La indiferencia.

No mires jamás con ojos
Benignos a una mujer,
Piensa bien que puede haber
Entre las flores abrojos.

Si ves unos ojos bellos
Que te miran con ternura
En el momento procura
Apartar la vista de ellos.

Que la mujer, ensayada,
Sus bellos ojos entorna,
Y al fin todo lo trastorna
El fuego de una mirada.

Desprecia el idealismo
Y llágate a convencer
Que el alma de la mujer
Odia y ama a un tiempo mismo.

Con el corazón te hablo,
Yo huyo de todas ellas:
De las más puras y bellas,
La mejor es como el diablo.

Un alma noble y sensible
Como tú, no debe amar;
Procura siempre ocultar
Tu sentir. --¡Es imposible!
--Lo terrible de los daños
Que te auguro, a tu pesar
Bien te lo habrán de probar

El tiempo y los desengaños.

--El que por su ingrata suerte
Llega a adorar con delirio,
Halla para su martirio
Sólo un remedio: La muerte.

--¡Ocurrencia peregrina!
Luis, compasión me das;
Nunca a tu amigo verás
Buscar esa medicina.

Mi parecer no te asombre,
Mientras la vida se alcanza,
Siempre queda una esperanza
En el corazón del hombre.

Ese dolor que te hiere
Ha de trocarse en placer
Que suele una flor nacer
En donde otra flor se muere.

Tal es la vida: volando
Van sus horas, siempre viendo
Al hombre una vez riendo,
Otras de pesar llorando;

Y el llanto y la risa encierran
Mutuamente un bien fecundo.
¿Por qué morir? En el mundo
Al que se muere lo entierran.

Desecha, pues, los extraños
Presentimientos que alientas
Y acuérdate de que cuentas
Tan sólo veintidós años.

En esa edad, los dolores
Se dan al traste enseguida,
Que es la estación de la vida
Más adornada de flores.

--Sí, la razón te concedo;
Pero desde que la vi
Ya no soy dueño de mí,
Quiero olvidarla y no puedo.

Y ya que hablamos en serio,
Cual lo siento te lo digo;
Yo tengo para conmigo
Que este amor es un misterio.

Para probarte que es
¡Mi opinión clara y notoria
Voy a contarte su historia,
Tú la juzgarás después.

"Sin más norte que el destino
Un día para mí aciago,
En traje de peregrino
Tomé el angosto camino
Que va de Lugo a Santiago.

"Joven aún e inexperto,
Con valor, aunque algo incierto,
El rudo viaje emprendía,
Porque obrando. así cumplía
Con la voluntad de un muerto.

"Doce leguas de jornada
Anduviera, o poco menos,
Cuando vi alzarse irritada
Una tormenta, preñada
De relámpagos y truenos.

“Era de noche: la inmensa
Oscuridad, que más densa
A cada instante se hacía,
A mi pesar, me impedía
El ver la llanura extensa.

"Abandonado y perdido,
Solo en el monte rendido,
Al dolor ya me entregaba,
Cuando Dios compadecido
Me dio el consuelo que ansiaba.

"Un relámpago rasgando
Las nubes, el horizonte
Rápido fue iluminando
Y a su resplandor, lindando
Vi una casa con el monte.

"Bendije a Dios, pues aquella
Era mi anhelada estrella
De salvación, y al afanoso
Sin dar tregua ni reposo,
A los pies, corrí hacia ella.

“Llegué rendido, llamé
Y mi objeto le indiqué
Al ser que me respondió
Luego la puerta se abrió
Y en su interior penetré.

“De una mujer precedido
Fui, traspuse la distancia
De un corredor reducido,
Y a su extremo, sorprendido,
Me hallé en una extensa estancia.

"La débil luz temblorosa
De una bujía, alumbraba
Aquella estancia espaciosa,
Donde enfrente me encontraba
De un anciano y de una hermosa.

“Las buenas noches me dieron
Y sin cumplimientos vanos
Hospedaje me ofrecieron,
Tranquilo esté, me dijeron,
Porque se encuentra entre hermanos.

"A su ofrecimiento fino
Obsequioso di las gracias
Como noble y peregrino,
Luego hablamos del destino
Del hombre y de sus desgracias.

"Yo de mi vida el relato
Sin omitir ningún dato
Les conté, me daba aliento
Su noble comportamiento
Y la bondad de su trato.

"Mientras la historia contaba
Pude advertir una cosa
Que a la verdad me extrañaba,

Y fue que el llanto asomaba
A los ojos de la hermosa.

"Y ¿por qué llora? Entre mí
Esta observación hacía;
Y un vértigo, un frenesí,
Me hizo creer respondía
¿Por quién ha de ser? Por ti.

"No sé qué impulso secreto
Hizo estremecer mi alma
Con tal ilusión e inquieto
Iba perdiendo indiscreto
Mi tranquilidad, mi calma.

"Bien pronto lo comprendí
Cuando a solas me encontré
En el lecho; porque fui,
Rendido, y no descansé,
Tenía sueño y no dormí.

"Asomó el día: un adiós
Di al anciano; su hija bella
Y yo nos vimos los dos,
Lloré yo..., lloraba ella...,
El por qué ¡lo sabe Dios!

"Al fin, partí sin volver
Los ojos, por no perder
Mi quebrantado valor;
Mi vida, mi alma, mi amor
Lo dejaba en aquel ser.

"Un mes pasara y el verla
Era mi constante afán,
Porque temía perderla;
Avaro, iba por la perla;
Hierro, me atraía el imán.

"Frecuenté, no sin temores,
Los bellos alrededores
En donde estaba situada
La encantadora morada
Del ángel de mis amores.

"Desconfiaba que el anciano

Sospechase de improviso
Nuestro amor aún indeciso,
Y me cerrase tirano
Las puertas del paraíso.

"De mis delirios primeros
Al arrullo dulce y blando
Aguardé, pues, días enteros
Pasé ansioso vigilando
Los comarcanos senderos.

"Llegó un día, y el acaso
Ante mis ojos la puso,
Creyendo llegado el caso
De hablarla, corrí confuso
Y me interpuse en su paso.

"La vi. ¡Con cuánta poesía
No la miraron mis ojos...
¡Qué tesoro no daría
Por posar la boca mía
En sus labios puros, rojos!

"¡La hablé! Pero con qué ardor
Y a la vez con qué temor...
Qué peligros no arrostrase
Por encontrar una frase
Con que expresarla mi amor!

"En adelante nos vimos
Con más frecuencia, y ansiosos
Un cielo de amor corrimos;
Al cabo nos comprendimos,
Al fin éramos dichosos.

"Mas la suerte veleidosa
Pronto quiso abandonarnos:
Una tarde, silenciosa
Llegó, y me dijo llorosa:

"Tenemos que separarnos".
"¿Por qué, pregunté poseído
De un triste presentimiento;
"La desgracia lo ha querido,
Mi padre está decidido
A que yo vaya a un convento".

"¿Y en tan triste situación
Qué haré de este amor ardiente
Que es mi vida y mi ilusión?
--Borrarlo en la loca mente
Y ahogarlo en el corazón".

"¿Y ese es el único medio?
El único que da calma
De esta desventura en medio;
¡Oh! quién supiera un remedio
Para los males del alma!"

"Desde entonces ¡ay de mí!
No la hablé más, ni la vi.
Y así olvidado pasé
Hasta el otro día en que
Una carta recibí.

"Carta en la cual me asegura
Que tomará en un convento
El hábito, mas me jura
No apartar en su clausura
Mi amor de su pensamiento.

"Y en cambio, con cariñoso
Afán, tan sólo me pide
Que halle otra mujer gozoso,
Que viva alegre y dichoso
Que no la nombre y la olvide.

Ya ves que tanta nobleza
Merece más galardón.
Que el olvido. --Luis, empieza
A ser hombre, ten cabeza
Y domina el corazón.

Si va al convento, por nada
impedírselo ambiciones;
Por voluntad o forzada
Ella está determinada
A profesar, y te opones.

A comprender el motivo
De tu insistencia no acierto,
--Es mi amor tan excesivo

Que ya sin ella no vivo.
--Hazte de cuenta que ha muerto.
--¿Y quién me consolará?
La consecuencia es muy obvia,
Ella al convento se va
Monja en él te olvidará
Y tú buscas otra novia.

Con que así, Luis, al punto
Olvida tu loco asunto
Y en práctica pon mi plan,
Pues, según dice el refrán
El llanto sobre el difunto.

¿Qué diablos puedes perder?
El amor de esa mujer.
--¿Y qué te importa ? Mejor,
Otra mujer y otro amor
Hallarás con más placer.

--Es necesario, Silverio,
Que me ayudes en la empresa,
--¿Hablas de veras? --En serio.
--Pues si tanto te interesa
Manda, y manda con imperio.

Sabes que tienes en mí
Un noble amigo, dispuesto
A dar la vida por ti.
¿Habrá un lance? --Por supuesto
--¿Y a dónde vamos? --Aquí.
-Bien, muy bien, --cosa segura;
De modo que es la aventura
En el *Barrio de Pitelos*,
Si es algún rapto procura
Encomendarte a los cielos.

No es rapto, es un ensayo
que traerá males sin cuento,
Tal vez; mas yo no desmayo,
Hoy mi amada va al Convento
De las Monjas de San Payo.

Y pretendo a todo trance
impedirlo, la idolatro
Y haré cuanto esté a mi alcance

Por conseguirlo. --¿Y el lance
¿A qué hora será? --A las cuatro
--¿Y ella es bella? --Como un día
De sol, sin vana lisonja.
¿Y se llama?... --Áurea María...
--Bonito nombre, a fe mía,
Tiene la futura monja.

--Mas di; ¿podrás impedir
Que la lleven? --Casi es cierto
Con el plan que voy a seguir.
--¿Qué vas a hacer, pues? --Fingir
Que soy la sombra de un muerto.

Hoy de San Martín Pinario
Vendrá un monje por la hermosa;
Su padre es un visionario,
La niña, supersticiosa
Y el monje ya sexagenario.

¿Puedo tener más ventaja?
Aquí traigo una mortaja,
La visto, cojo a los dos
Y les digo en voz muy baja
¡Atrás malditos de Dios!

A ella le dará un desmayo,
Los dos hombres quedarán
Como heridos por un rayo,
Y entonces desistirán
De hacerla monja en San Payo.

--Tal es mi objeto ¿te place?
--Y a la vez me satisface
De pasar la noche en vela:
Veremos el desenlace
De este paso de novela.

--Muy bueno, esperanza en Dios
Acaban de dar las dos
Y debe esperar su dueña
Un fuerte golpe de tos
Que es de una cita la seña.

--¿Y en dónde habita tu hermosa.
--En esa casa de enfrente.

--Tose pues, y fuertemente
Que en una noche lluviosa
Esa seña es muy frecuente.

Después de un momento breve
De silencio, Luis tosió;
Otro momento pasó
Y por fin un ruido leve
Detrás la puerta se oyó.

Esta abrióse silenciosa,
Y una mujer achacosa
Apareció en su dintel
Diciendo con voz gangosa:
--No cabe duda que es él.

--*¡Ave Maria! --Gratia plena.*
--El mismísimo. Y serena
Sus pasos encaminó
Hacia Luis. Otra escena
Interesante empezó.
--¿Qué hay de nuevo? --Una noticia
Fatal, mi buen Señorito;
¡Ay San Antonio bendito!
La Señorita es novicia.
--¡Novicia! --Sí, lo repito

--¿Y a qué hora partió al convento?
--Próximamente a las doce.
--Es demasiado cruento
Lo que ocurre. --Aun no conoce
Lo mucho que yo lo siento.

Un sueño me pareció
Todo cuanto hoy sucedió:
Ya no sé lo que me pasa,
O el demonio anda en la casa
O estoy endiablada yo.

Por la mañana temprano
Como todo buen cristiano
Debe hacer, me persigné,
Me vestí y me encaminé
Al dormitorio cercano.

La Señorita aun dormía,

Estaba cual ningún día
Bellísima como un ángel
Una virgen y un arcángel
A la vez me parecía.

La desperté, y ¿qué pasa?
(Me dijo), vamos a misa.
No puede ser, Nicolasa,
Hoy no salimos de casa
Me replicó muy sumisa.

¿Y por qué? la pregunté.
A la verdad no lo sé
(Suspirando respondió)
Mi padre lo prohibió
Mientras que en Santiago esté.

Lo sentí, pues mi deseo
Era que ustedes los dos
Valiéndose de un rodeo
Echasen un *parrafeo*;
(Esto se queda *inter nos*)

Yo soy así, sí Señor,
Me agrada mucho el amor
Y por tanto lo protejo,
Yo también tuve un cortejo,
En otro tiempo mejor.

Siguiendo pues mi relato
Pasamos un día ingrato;
La Señorita llorosa,
Yo muy triste y recelosa
Y el Señor hecho un beato.

Nos hizo rezar tres veces
Rosario de a siete dieces
Yendo, según él decía,
Encaminadas sus preces
Por el bien de Áurea María.

Ya noche llamó a la puerta
De casa el Padre Sagunto,
Y ambos quedaron al punto,
La niña como una muerta,
El Señor como un difunto.

El monje entró con pausada
Gravedad al aposento,
Saludó y con dulce acento
Dijo: la madre Prelada
Nos espera en el convento.

La niña ¿qué había de hacer?
Resignarse, obedecer
Para no dar que sufrir
Al padre; mas al partir
No se pudo contener.

Moriría de pesar
Si usted la oyera ¡ay mi Dios!
Cuando me dijo al marchar
¡Adiós, Nicolasa, adiós!..
Adiós, me van a enterrar!

Con el mayor interés
Esto me dijo al partir;
Desde el punto en que los tres
Se fueron, no sé decir
Lo que ha ocurrido después.

Sólo sé que yo no puedo
Ver mi triste llanto enjuto,
Que paz ni dicha disfruto,
En la casa tengo miedo
Parece que está de luto.

Esta es la mala noticia
Que os doy. --¿Y no habrá algún medio
De hablarla? --En recta justicia
No, Señor, es ya novicia
Y el mal no tiene remedio.

--Hasta el año no profesas
Y aún queda alguna esperanza
--Muy mala esperanza es esa,
La Priora Sor Teresa
Todo lo prevé y lo alcanza.

Adiós, Don Luis, que yo
Voy a llorar las desgracias
De este día que pasó.

--Adiós, Nicolasa, y gracias
Por el favor que prestó.

La mujer fuese a su casa
Y al punto exclamó Silverio:
--Es ya demasiado serio
En verdad lo que te pasa.
--Sí, continúa el misterio.
--Pues, señor, ya concluimos
Y a fe que muy pronto vimos
El ansiado desenlace:
Luis, nos vamos cual venimos;
Áurea, requiescant in pace.

Después de algunos instantes
En *el Barrio de Pitelos*
Imperó la calma de antes;
Se fueron los estudiantes
Sin realizar sus desvelos.

VII

ACLARACIONES

Fray Jesús de Sagunto era muy bueno;
Un hombre junto, pensador y grave
De toda mezquindad libre y ajeno,
Un religioso de virtudes lleno,
Modesto sabio, que aunque mucho sabe
Siempre confiesa que no sabe nada;
Su honradez era bien reconocida
Siendo por hechos prácticos probada
En el largo transcurso de su vida.

Filósofo profundo,
Conocedor del corazón humano,
Jamás rindió a la vanidad del mundo
Su dignidad y orgullo de cristiano;
No inclinaba tampoco su cabeza
Servilmente en presencia de los reyes,
Acataba sus órdenes y leyes
Porque era su deber, no su grandeza.
Como sólo buscaba corazones
Nunca juzgó a los hombres por el traje
Sino por sus acciones

Rindiéndole el debido vasallaje.

Su alma sensible es de virtud modelo,
Su corazón magnánimo atesora
Para el pobre socorros y consuelo,
Alivio y calma para aquel que llora;
Más que débil mortal, ángel del cielo,
El entenece el corazón del niño,
De la mujer, del joven, del anciano,
Teniendo para todos el cariño
Sagrado y entrañable de un hermano.

Hace ya veinte años que este hombre
Es monje en el convento
De San Martín, en donde su talento
Le dio un gran puesto y un honroso nombre.
Consagró comúnmente su existencia
Al servicio de Dios dentro del templo
Dando continuas pruebas de paciencia,
Sirviendo a muchos su virtud de ejemplo
Y aumentando la fama de su ciencia
El antiguo renombre de aquel Claustro.

Al padre de Áurea, D. Clemente Castro,
Desde su tierna infancia
Por un lazo amistoso estaba unido
La lealtad, la honradez y la constancia
Habían su amistad fortalecido.

Por más que se interpone una distancia
Muy larga entre Santiago y las Hermitas,
(Es donde moran respectivamente
El buen monje y el noble D. Clemente)
No por eso escaseaban las visitas.

En una de éstas cuando se encontraron
Sin curiosos testigos,
De este modo en silencio conversaron
Los dos antiguos, pródigos amigos:
Tú, Clemente conspiras demasiado
Contra la paz dichosa de tu casa
Al dejar tu hija joven al cuidado
De la hipócrita y necia Nicolasa
Tú, Clemente, no sabes lo que pasa.

Un joven estudiante, un calavera

De mala ley, vigila tu morada,
Nicolasla lo sabe y lo tolera,
Tu hija que siente la pasión primera
Está perdidamente enamorada.

Los dos se hablan, se ven frecuentemente
Y no es difícil que el audaz amante
Abuse del candor de esa inocente
Que está ciega de amor y delirante.

Antes que el joven pervertido pueda
Realizar sus malvadas intenciones,
Apelemos al medio que nos queda:
El ayuno, las puras oraciones
Nacidas de los claustros en la calma
La librarán del mundanal asedio;
Si es grande el mal, más grande es el remedio
Para curar la enfermedad de su alma.

--Te equivocas, Jesús, porque he pensado
Lo mismo que tu piensas, algún día,
Vagué, pedí, mandé y se ha negado;
La advertí mi dolor y mi amargura,
La hice comprender que me encontraba
Viejo y al borde de la sepultura
Y todo inútil, siempre se negaba;
Redoblé mis esfuerzos, he insistido
Haciendo una suprema tentativa
Para lograr vencer, ¡tiempo perdido!
Contestó con la misma negativa.

Viendo, pues, su obstinada resistencia,
Desistí de mi empeño tristemente;
Era un cargo, y una carga de conciencia
Hacerla profesar violentamente,
Resígneme a sufrir, tuve paciencia.

--Tal era tu deber, amigo mío,
Sin embargo, yo emprendo desde ahora
La batalla de nuevo y con más brío,
No siempre ella ha de ser la vencedora.
El tiempo, la experiencia, el buen consejo
Son tres armas que vencen al más fuerte,
A esas tres armas la victoria dejo;
Nunca la vida dominó a la muerte,
Ni ha de poder la niña con el viejo.

En efecto, empezó desde aquel día
A practicar su plan premeditado
Y aún no pasara un mes cuando creía
Nuestro monje tranquilo y reformado
El joven corazón de Áurea María.

Fray Jesús de Sagurto se engañaba
Pero de una manera deplorable,
Como creyó su triunfo indispensable,
Sin luchar, vencedor se proclamaba.

Una vez que con ella conversaba
Cual de costumbre cariñoso, amable,
La dijo: "Tu buen padre está muriendo
Y tú eres de su muerte responsable;
Tú que sabes que vive padeciendo
Un horrible martirio, por no verte
Alejada del mundo, y de tal modo
Aceleras las horas de su muerte;
Tú que pudieras evitarlo todo
Con hacer el pequeño sacrificio
(Si tal fuese) de entrar en un convento,
Arrojas con tu mano al precipicio
Al mismo padre que te dio el aliento".

Áurea quedó muy triste y pensativa,
Sufrió, lloró; por fin con tierno acento
Dijo: "Es preciso, moriré cautiva,
Será mi sepultura algún convento,
Sí, porque quiero que mi padre viva."

Desde entonces la hermosa se mostraba
Dispuesta a profesar en la apariencia,
Pero fingía tan bien, tal inocencia
En sus tiernas palabras resaltaba,
Que el monje en deleitable complacencia
Satisfecho de su obra se gozaba.

Una niña inexperta, una criatura
Inocente, engañaba al sabio anciano
Conocedor del mundo;
La flaqueza vencía a la bravura,
Al gigante el enano,
La mujer al filósofo profundo
Nadie conoce el corazón humano;

Aún es más, aquel hombre indiferente
Al amor, hasta entonces se sentía
Inquieto e impresionado vivamente
Tal vez la amaba más, no lo decía,
Al contrario, mostrábase impasible
Delante de ella, amable y respetuoso
Como siempre, cuidando en lo posible
De no ser a sus ojos sospechoso.

No era el amor brutal de la materia,
Pasión de mezquindades y miseria,
El que turbaba la terrena calma
De aquel sabio e ilustrado religioso;
Era un amor del alma,
Amor espiritual y misterioso;
Uno de esos amores
Que son poco comunes en el suelo,
De esos que forman de este mundo un cielo,
De un desierto, un jardín de bellas flores,
Del dolor, un dulcísimo consuelo.

No de otro modo amaba
Aquel hombre estudioso que la esencia
De las cosas más íntimas buscaba;
Si algo le enamoró finé la inocencia
Que en la cándida niña resaltaba:
Una rara y extraña coincidencia
Aumentó su pasión: llegado el día
De su santo, la joven candorosa,
En un lazo de seda calor rosa,
En cuyo centro había
Dos perpetuas, bordó con hilo de oro
Los nombres de Jesús y de María,
Y debajo esta frase "Yo os adoro".

Con la sencilla candidez de un niña
Puso el lazo en las manos del buen cura
Diciendo al propio tiempo con ternura:
"Os lo doy como prenda de cariño".

Este obsequio inocente
Dio lugar a diversas opiniones
Que el monje acariciaba sonriente;
El diablo tentador lo perseguía
Y por fin sucumbió a las tentaciones
Y amado, cual amaba, se creía.

Sin charle a conocer su amor profundo
Pensaba batallar consigo mismo
Con tal que la apartase de este mundo
Viviría contento;
Esto era amar y amar por egoísmo,
Egoísmo noble y puro sentimiento.

Así pasó medio año;
Don Clemente tranquilo y satisfecho,
Su hija persistiendo en el engaño,
Y ocultando en el fondo de su pecho
El monje su pasión incitadora;
Sin embargo, la hermosa en su retiro,
Por más que su dolor sufre y devora,
No puede contenerse y un suspiro
Exhala a su pesar, y a veces llora:
Ve que se acerca la suprema hora
Del sacrificio, y siéntese cobarde,
Le falta el heroísmo,
Quiere volver atrás pero es muy tarde
Se encuentra rodeada de un abismo
Y un paso más que dé, se precipita
En su sima insondable y cavernosa.
Si va hacia atrás, será la hija maldita,
Si adelante, la indigna religiosa.

Por fin la hora temida
Sonara en el reloj de la existencia.
Partió para el convento; su partida
Fue el primer atentado a su conciencia
Y el primer sacrificio de su vida.

VIII

EL CONVENTO DE SAN PAVO

Monumento gigante alza sus muros
En la ilustre y antigua Compostela,
El Convento de Monjas de San Payo
Enorme y colosal masa de piedra;
Soberbio alcázar del Catolicísimo
Donde las hijas del Eterno reinan,
Panteón sagrado, misterioso y triste
En cuyo seno lóbrego se entierran
Santas mujeres que sus años pasan

Para Dios vivas, para el mundo muertas;
Invencible muralla que defiende
Y escuda la virtud y la inocencia,
Dulce retiro, soledad dichosa,
Puerto al abrigo de cualquier tormenta,
Oasis del desierto de la vida,
Antesala del cielo entre la tierra.

Tended al exterior una mirada,
Veréis tan sólo sus paredes negras
En las cuales las múltiples ventanas
Asegurar los hierros de sus rejas;
Volved al interior el pensamiento
Y encongaréis misterios y grandezas:
El profundo silencio de los claustros,
La soledad tranquila de las celdas,
Los encantos bellísimos del huerto,
La majestad sublime de la Iglesia,
A las almas en éxtasis dulcísimo
A la región de lo infinito elevan.

Allí no hay vanidad, lujo ni pompas,
Todo lo que es mundano se desprecia,
No hay más que ayunos, mortificaciones,
Oración, caridad y penitencia;
Allí se paga con amor al odio,
Con sencilla humildad a la soberbia
No hay ambición ni orgullo, las pasiones
Que al corazón agitan se refrenan,
Porque se sabe con valor heroico
Sobreponer el alma a la materia
Y el bien al mal, teniendo de este modo
Súbdito el corazón de la cabeza.

Allí los coros de las castas vírgenes
En sus plegarias místicas y férvidas,
Imploran al Señor misericordia
Y perdón para aquellos que le ofendan;
Todos son sus hermanos, y por eso
Por su dicha y su gloria se interesan;
Su Divino Maestro estas doctrinas
Santas y salvadoras les enseña;
Su religión es grande, majestuosa,
Toda ternura, amor y complacencia,
Fue la sangre de un mártir su bautismo;
Una Madre Purísima su estrella,

La humildad es su norte y su divisa,
La caridad su bien, la cruz su lema.
¡Vivificante luz del Cristianismo,
Sublime religión, bendita seas...
Tú que formas con vínculos sagrados
De todo el orbe una familia entera!

Hoy, en este convento solitario
Detrás de esas murallas y esas rejas
Que la sirven de amparo a los asedios
De un mundo corruptor, Áurea se encuentra
Obediente, tranquila, resignada,
Esposa del Señor, monja profesa,
No es la niña elegante y vanidosa
Que cifraba su orgullo en su belleza,
Es la Virgen castísima que en nada
El esplendor de la hermosura aprecia
No es la rosa que al brillo refulgente
Del sol sus gracias jactanciosa muestra,
Es la pura, silvestre pasionaria,
La humilde y campesina violeta
Que vive del silencio y del retiro
Escondida en los bosques por modestia.

Hace dos años que olvidada pasa
Las horas de su vida en una celda
La monja Sor María de las Angustias
(Tal es el nombre que en el claustro lleva).
Dos años en los cuales sus hermanas
No han tenido la causa más pequeña
Para estar disgustadas de sus actos;
Su vida ejemplar, con extrañeza
De la Madre Piora que tenía
Ordenes terminantes y severas
De ejercer una estricta vigilancia
Y someterla a rigurosas pruebas.

No obstante, Sor María de las Angustias
A solas triste en lo pasado piensa,
Se siente fallecer y languidece,
Le falta vocación, le faltan fuerzas,
No puede consumir el sacrificio,
Porque de nuevo en su interior despiertan
Los mal dormidos goces, los recuerdos
Y la ansiedad de su pasión primera.

En todas partes ve su fantasía
Objetos que su amor le representan;
Recorre a la oración y a sus plegarias
Nombres y frases indistintas mezcla;
Vencida, al fin, al conocer sus culpas
Dice con voz enternecida y trémula:
Perdonadme, Señor, soy inocente.
Y en un letargo sumergida queda;
La conciencia la acusa, en su memoria
Se reproduce esta pasada escena:

Una monja novicia se adelanta
Hasta el altar sagrado de la Iglesia
Precedida de todas las hermanas:
Que blancos cirios en sus manos llevan,
Y entonan a la vez místicos cantos
Que de armonías los espacios llenan,
En tanto que los fieles en el templo
Con profunda atención el acto observan;
Cesan luego las voces, y el silencio
En el recinto sacrosanto impera.

Después de un breve instante de reposo
Dice una voz conmovedora y tierna
--Pensadlo bien, María de las Angustias,
Hoy dais el primer paso en una senda
Llena de abrojos y dificultades,
De privaciones y trabajos llena;
Mejor que yo vuestro hábito lo dice
Y lo mismo ese velo que os entregan[
Este os exige que olvidéis el mundo,
Aquél os pide castidad, pobreza;
Nada más hallareis en este claustro.
¿Llegáis aquí con vocación perfecta
De renunciar al mundo para siempre?
--Sí, Madre Priora, mi ambición es esa--
(Responde la novicia).--¿Creéis, hermana,
Cuanto cree la Santa Madre Iglesia
Católica, Apostólica, Romana?
--Si, Madre Priora, creo cuanto crea.
--¿Abrigáis el firmísimo propósito
De estar los días que de vida os restan
Alabando en los claustros al Eterno
Creador de los cielos y la tierra?
--Sí, Madre Priora, mientras que yo viva
A Dios bendecirá mi pobre lengua.

--Pues bien, que Dios os guíe y os ampare--
Y las monjas murmuraron "Así sea".

La novicia después de este diálogo
Sobre un paño durísimo de jerga
En la actitud de un muerto se coloca,
Los cantos religiosos se renuevan;
Y la doliente voz de la campana
Doblando a muerto, sin cesar resuena;
Murmullos prolongados y confusos
Recorren los espacios de la Iglesia
Cuantos asisten a la ceremonia
O lloran o suspiran o se quejan:
Unos dicen: "que lástima de joven"
Y otras añaden: "doloroso es verla
Al pensar que abandona para siempre
El mundo y su esplendor siendo tan bella".

Sólo entonan sus himnos de triunfo
Las Esposas de Cristo satisfechas;
Todo lo que es materia se entristece,
Todo lo que es espíritu se alegra.

Levántase, por fin, y dice cuando
Una por una en un abrazo estrecha
"Rogad a Dios por mí" y una por una
Con toda el alma, "hermana", le contestan.

Este acto imponente, su memoria
Cual si entonces pasara, le presenta;
Oye una voz secreta que le dice:
"Hiciste voto de humildad perpetua,
De renunciar al mundo para siempre
Y en mundanos ensueños te deleitas;
¿Por qué faltas tan pronto a tus deberes?
¿Por qué tan pronto olvidas tus promesas?"

¡Infeliz Sor María de las Angustias!
La acusadora voz de tu conciencia
Te exhorta a tu deber, y sin embargo
Ni tienes vocación ni tienes fuerzas
Y en esa situación contradictoria
Insoportable se hace a tu existencia;
Se convierte tu claustro en un destierro
Y en un sepulcro tu tranquila celda.

IX

LA ENFERMERA DEL CUERPO Y DEL ALMA

Esta lucha terrible Sor María
No pudo soportar y cayó enferma;
Pasó a la enfermería del convento,
Vino el Galeno, quien no hallando apenas
Un síntoma seguro que indicase
La enfermedad que su salud altera,
Cumplió con prescribir un plan sencillo:
"Que guarde cama y que se ponga a dieta."
Plan que observó con cuidadoso esmero
Ayudada a la vez por su enfermera:
Era esta una monja de treinta años
(A1 menos más edad no representa)
De ojos negros, rasgados y expresivos,
De mediana estatura y forma esbelta,
Su rostro es blanco como el mismo nácar,
Dulce su voz, y sus miradas tiernas.
Diez años hace que en el claustro se halla
Ejerciendo este cargo satisfecha.
Se llama Sor Amalia, sus hermanas
Un cariño entrañable la profesan.

El Doctor cada día más confuso
Repite sus visitas con frecuencia,
Busca la causa del padecimiento
Y todo en vano porque no la encuentra:
Es muy extraño lo que pasa, dice,
Y frunce el ceño y mueve la cabeza;
La enfermedad que postra a Sor María
No la puede curar la ciencia médica;
Esto es más grave de lo que parece,
Y otro distinto tratamiento emplea;
Que busque distracción y que respire
Las frescas brisas de la tarde, ordena,
Encargando a la vez a Sor Amalia
Que cuide con esmero de la enferma;
Porque al fin el Doctor no era de aquellos
Que no ven más allá de la materia,
Sabe muy bien que Sor Amalia sólo
Puede curar la enfermedad aquella.
Con sus consejos siempre saludables,
Con sus palabras y atenciones tiernas.

La enfermera es un ser privilegiado,
Un ángel del Señor sobre la tierra
Que goza en hacer bien, y por lo tanto
Con sumo gusto aquel encargo acepta
De hacer un voto sin convencimiento
--Dice a solas-- esta es la consecuencia,
Se transforma en indigna religiosa
La que sería una mujer perfecta
Para la sociedad, ya como madre,
Ya como esposa angelical y buena;
No es la niña inocente y pudorosa
Que abrir los ojos a la luz empieza
Viendo las cosas al través de un prisma
Que todo lo engalana y hermosea,
La más digna de estar en un convento
Gastando velo y ocupando celda;
Ni tampoco la joven juiciosa
Que huye de los bullicios y las fiestas,
Ni la que pasa en religiosas prácticas
Largas horas del día en una Iglesia;
Es necesario más, se necesita,
Para ser una monja verdadera,
Voluntad espontánea y grandes dotes
De valor, de heroísmo y de paciencia,
Saber lo que es el claustro a que se acoge
Y conocer al mundo que desecha;
¡Cuánto se engaña la que de otro modo,
Traspone los umbrales de estas puertas!
Y no obstante, hay mujeres que un capricho,
Un amor desgraciado o una violencia
Las impulsan hasta el claustro y, engañadas,
Sin voluntad ni vocación profesan
En este caso yo las compadezco,
No viven en el cielo ni en la tierra.
No sirven para Dios ni para el mundo,
Sor María, a mi ver, es una de ellas,
Su rara enfermedad, su abatimiento
Y su continua palidez lo prueban.
No es su cuerpo el que sufre, es el espíritu,
El alma sola la que tiene enferma;
Grave es el mal, pero a pesar de todo
Abrigo la esperanza lisonjera
De poderlo curar, ella es muy dócil
Y de buen corazón; con tales prendas
No es difícil que vuelva a su rebaño

La fugitiva y descarriada oveja:
Este es mi anhelo, que el Señor me ayude
En mi gran abra y en mi noble empresa.

Todas las tardes cuando el sol declina,
Cuando sus rayos últimos reflejan
Y doran con su luz las altas cúpulas
De las cien torres que Santiago cuenta;
En esas horas del misterio y calma
Cuando las auras impregnadas llegan
Del suavísimo aroma que tomaron
De las flores sencillas de las selvas,
Por el huerto apartado del convento
Las dos esposas del Señor pasean;
Poco a poco la hermana Sor María
Va recobrando las perdidas fuerzas,
Y por momentos su hechicero rostro
Adquiere una expresión dulce y serena.

Tenía razón la sabia Sor Amalia,
Vuelve al rebaño la perdida oveja,
La proscripta retorna a sus hogares,
El agitado lago se sosiega.

Una tarde en el huerto Sor María
Dijo con dulce voz a su enfermera:
"Gracias, hermana mía, los consejos,
Las atenciones y las ansias vuestras
Me dieron la salud, gracias, hermana,
Me habéis vuelto la paz de mi existencia,
Estoy regenerada, ya no miro
Con frío desdén mi traje de estameña,
Lo prefiero a las galas más preciosas
Con que pueda adornarse alguna reina,
Ni dejo mi convento solitario
Por todos los palacios de la tierra;
Soy feliz, muy feliz, hermana mía,
Todo os lo debo porque sois tan buena,
No sé expresaros mi agradecimiento,
Para vos he cortado estas perpetuas,
Tomadas, pues, que os digan esas flores
La gratitud de vuestra pobre enferma".

Y después de poner entre sus manos
Dos siemprevivas, palpitante y trémula
Se arrojó sollozando entre los brazos

De Sor Amalia que también la estrecha.

Lloran las dos de gozo y de ternura,
Sus cristalinas lágrimas son perlas
Que emanan del tesoro de sus abras
Bajo el poder de una emoción suprema.

¡Qué cuadro tan sublime y religioso,
Qué encantadora y elocuente escena!

X

LA TENTACIÓN

Desde entonces el alma de aquel ángel
Por gloriosos deleites absorbida,
Gozaba dulcemente de una vida
Feliz, indefinible, espiritual;
Se olvidaba del mundo, y sin embargo
Contra su dicha el mundo conspiraba
Y una lucha secreta se libraba
Entre el ángel del bien y el de su mal.

Sor Amalia gozosa de su obra
Con solícito afán de noche y día
Velaba por el bien de Sor María,
Este era el ángel de su bendición;
Muy al contrario el joven Luis de Vargas,
Por gozar de su amor, loco, sediento,
Ansiaba, sustraerla del convento,
Este fue el ángel de su perdición.

Durante el primer año nuestro joven
El torno frecuentó y la portería
Y en ambos sitios por respuesta oía
“Está en el coro, no se puede ver”
Iba otras veces y a distintas horas,
Dice que quiere hablarla y todo en vano,
La tornera replica: "es tarde, hermano,
Está rezando, ya no puede ser".

Cansado ya de tanta negativa,
Viendo lo inútil de sus pretensiones
Perdió las lisonjeras ilusiones
Que formara en los sueños de su amor;

Al principio sufrió, pero bien pronto
Mezclado entre el bullicio y los placeres
El cariño buscó de otras mujeres
Y otras dichas borraron su dolor.

El mundo desplegaba ante sus ojos
Un tesoro de mágicos hechizos,
Hermosas jóvenes de rubios rizos,
Morenas de mirar fascinador;
Todas ellas alegres y expresivas,
Palpitantes, sensibles, cariñosas,
Todas ellas brindando voluptuosas
Dulces placeres, entusiasta amor.

Amó como ama el hombre casi siempre,
Los primeros instantes con locura
Al pensar que es amado con ternura,
Después que se convence, con desdén;
A todas con idénticas palabras
Les juraba un amor que no sentía;
Así pasó algún tiempo, al fin un día
De aquella vida se aburrió también.

Áurea María entonces nuevamente
Absorbió su amoroso pensamiento
La obstinación que hallaba en el convento
Para hablarla, dobló su frenesí;
Al ver las privaciones, los peligros
De su amor imposible y contrariado,
Sintióse Don Luis enamorado
Con más ardor; los hombres son así.

Caprichoso y tenaz formó el propósito
De celebrar con ella una entrevista,
Quería hablarla y verla, su conquista
Ansiaba a toda costa realizar;
Pensaba sustraerla del convento
Fuese por convicción o por engaño,
Llevarla luego a un territorio extraño
Y a su lado vivir para gozar.

No creyó que era un grave sacrilegio
El que iba a cometer, sólo quería
Ganar de su adorada Áurea María
El corazón, y no pensaba más;
Formó varios proyectos y pasaba

Los días sin soñar en otra cosa:
Por conquistas a un alma virtuosa
No trabajara tanto Satanás.

Dieterminó su plan: se hallaba próximo
El día del Apóstol y es costumbre
Que concurra una inmensa muchedumbre
De forasteros a la población;
Entre ellos multitud de peregrinos
Llegan desde países muy remotos,
Y a en cumplimiento de sagrados votos,
Ya por curiosidad o devoción.

¿Qué más tenía vestir su traje?
Y con suma destreza disfrazado
De peregrino en el convento entró.
"¿La hermana Sor Maria de las Angustias
se puede ver?", pregunta a la portera.
No lo sé, buen hermano, la tornera
Podrá decírselo", le respondió.

Llegó hasta el torno, habló con la Priora,
Le dijo que era un pobre peregrino,
Que desde lejos a Santiago vino
A orar ante el Apóstol de Jesús;
Añadió que al pasar por las Ermitas
Hablara con el noble Don Clemente
Y que a su hija le iba a hacer presente
Su estado inmejorable de salud.

La Priora le oyó sin, desconfianza,
Todo era natural, claro y notorio,
Permitió que pasase al locutorio
Y al punto a Sor María apercibió
De que allí la esperaban; fue la monja
Y a regular distancia, y separados
Por los hierros entre ellos colocados,
Tuvieron este diálogo los dos

La monja

¿Qué quiere el buen hermano peregrino
De esta esposa de Cristo?

El peregrino

Vengo aquí
Para hablaras de asuntos que os importan,
Ante todo decidme ¿sois feliz.?

La naonja

La pregunta me extraña...

El peregrino

Es necesario,
Hermana mía que yo os hable así,
Debo saberlo todo porque traigo
Una misión muy grande que cumplir;
Misión que sin peligros ni trastornos
Debe poner a vuestras penas fin.

La monja

Sepa el hermano que yo estoy tranquila.

El peregrino

¿Estáis tranquila en el convento?

La monja

Sí.

El peregrino.

A fe que sois ingrata cuando un hombre
Vive por vos cansado de sufrir
Y os espera con ansia en este mundo.

La monja

Es muy pequeño el mundo para mí.

El peregrino

¿Y no hay, hermana, entonces en la tierra
Algo que os pueda la atención llamar?
¿Y no tenéis en ella algún cariño?

La monja

El de mi anciano padre nada más.

El peregrino

Y sin embargo, un hombre todavía
Os ama con delirio y ceguedad,
Con la inocencia con que puede un niño
La casta imagen de su madre amar;
Ese hombre ha perdido la esperanza
De volveros a ver, y triste va
arrastrando una vida que le pesa
Ya demasiado.

La monja

Por favor callad.

El peregrino

Ese hombre se llama Luis de Vargas,
Tal vez ya ni su nombre recordáis...

La monja

Mis recuerdos han muerto en este claustro.

El peregrino

Y vuestro corazón murió también?

La monja

¿Es un cadáver, sólo tiene vida
Para amar a su Dios con ciega fe.

El peregrino.

Sin un justo motivo, hermana mía,
Cada vez más ingrata sois con él,
Pero a pesar de todo voy deciros
Lo que con ansia me ordenó, atended:

En la margen del Miño majestuoso
Donde separa a España y Portugal,
En los dominios del segundo reino

Un pueblecillo situado está;
Mirar una bandada de palomas
Y ver sus casas, fuera todo igual.
Un cuadro encantador su vista ofrece,
Barcos que vienen, barcos que se van,
Bosques frondosos y jardines bellos
Allí vegetan bajo un cielo azul,
El río con sus aguas los fecunda,
El sol los vivifica con su luz,
A una orilla del Miño se alza el pueblo,
En otra orilla la ciudad de Tuy,
En la aldea del reino lusitano,
Y en una casa en medio de un jardín,
A solas con sus lúgubres recuerdos
Habita el desgraciado Don Luis,
Adorador misántropo que espera
Allí por vos con ansiedad febril
Un martirio insufrible, insoportable,
Por vuestra cansa le atormenta allí;
Le falta luz, espacio y armonía,
Alma y aliento para ser feliz,
Y es injusto ¡pardiez! que tanto sufra
Cuando puede volverle vuestro amor
La perdida quietud de su existencia
Y la ventura de su corazón.
Huid de este convento solitario,
Y a su lado en un sueño encantador
Pasad los años que de vida os restan.

La monja

No caigo, hermano, en esa tentación.

El peregrino

No os asusten los múltiples cerrojos
Ni las rejas de hierro; con valor
Y constancia se vencen en el mundo
Los mayores obstáculos.

La monja

Por Dios
Modere el peregrino sus palabras
No intente profanar esta mansión.

El peregrino

Voy terminar, hermana; vuestro amante
Me encargó que os dijera que vendrá
Dentro de breves días a Santiago,
Bien comprendéis que no pueda entrar
En el convento, porque le conocen
Y se lo prohíben; pero procurad
Diariamente asomaros a la reja
De vuestra propia celda y nada más;
Quiere veros tan sólo porque os ama,
Sólo con venos se cantenará,
Debéis cumplir su encargo exactamente
Si no queréis que muera de pesar.

La monja

Os repito que he muerto para el mundo.

El peregrino

Obrad según os plazca, la misión
Que aquí me trajo, tengo terminada.
Adiós, hermana.

La monja

Al partir el fingido peregrino
En su interior con júbilo decía:
He triunfado y a fe que no creía
Llevar a tal extremo la ficción;
Mi fortuna preséntase propicia,
Porque si ella me hubiera conocido
Le daría un desmayo; ya he sabido
Que las mujeres muy sensibles son.

"Llegarían allí todas las monjas
Y ¡adiós proyectos! lo sabrían todo;
Tengo un tacto especial y de este modo
Mis deseos cumplidos se verán.
Los cerrojos, las rejas, las macizas
Puertas que guardan a mi amada ahora,
La vigilancia de la madre Priora
De nada y para nada servirán.

"Ella me ama, al escuchar mi nombre,

Quebrantando el secreto de su velo
Dos lágrimas rodaron hasta el suelo,
Sí, yo la vi llorar, llorar de amor;
Que ella me quiere, bien lo comprobaban
Su turbación, su voz enternecida;
De este modo mi amor, siendo su vida,
Será su cotidiana tentación".

Decía verdad el temerario amante;
Desde aquel triste y malhadado día
De nuevo el corazón de Sor María
Se agitaba entre penas y ansiedad;
Volvió a perder la calma venturosa;
Con tantos sacrificios alcanzada
Y por segunda vez loca, embriagada,
Quiso expansión para vivir y amar.

XI

PREPARATIVOS DEL RAPTO

Los fieles que iban a misa
Al convento de las Huérfanas
En Santiago, por el año
De mil ochocientos treinta
Y tres vieron a un mendigo
Apoyado en das muletas,
La caridad implorando
En el dintel de la iglesia.

Apenas la luz del alba
Disipaba las tinieblas
De la noche, cuando el pobre
Ya se encontraba a la puerta
Del santo templo, esperando
que algunas almas buenas
Prestasen caritativas
Un alivio a su miseria.

Por su parte los devotos
Se dolían de su pobreza
Teniendo a la vez en él
Una confianza ciega,
Porque al fin el Tulleitiño,
(Que así le llamaban) era

Un ser débil y enfermizo
Lleno de achaques y reumas,
Un hombre muy religioso
Que oía una misa entera
Todos los días, y dos
O tres los de grandes fiestas.

Este hombre llevaba al cuello
Suspendida de una trenza
Una cruz de caravana
Y unido un rosario a ella,
Besaba la cruz sagrada
Con religiosa vehemencia
Cuando alguien lo socorría,
Y decía con voz trémula:
"Que la Virgen se lo pague
Y Dios se lo tome en cuenta".

Así lo vieren los fieles
Que asistían con frecuencia
A los actos religiosos
Del convento de las Huérfanas;
Sin embargo, ese mendigo
Tiene una historia secreta
Llena de oprobios y crímenes;
Su humildad y su pobreza
Son las hipócritas máscaras
Que sus mezquindades velan.

Lector, volvamos los ojos
A la mencionada época
Y sigamos al mendigo
Que va por calles diversas
Caminando como siempre
Apoyado en sus muletas;
Cruza el arrabal extenso
Del Sar, a su extrema llega
Y se para ante una casa
De miserable apariencia;
Produce varios silbidos
Muy agudos y la puerta
Instantáneamente se abre
Y en el interior penetra.

Este lo componen dos
Habitaciones terrenas;

En una hay tres camistrajos
Y algunas sillas muy viejas;
En el centro de la próxima,
Colocada está una mesa,
Y a sus laterales, bancos
Con respaldos de madera,
No muy lejos un arcón
Que hace oficio de despensa;
Un belón de dos mecheros
Esparce una luz siniestra
¡En aquella semi-cloaca;
Sobre sus paredes negras
Están fijas varias pieles
De animales: la presencia
No puede ser más mezquina
Ni mas repugnante y tétrica.

Un hombre de edad madura,
Moreno, con barbas luengas
Desordenadas y sucias,
Que estaba en esta vivienda,
Al ver al recién venido
Exclamó: --Vamos, Culebra
¿Cómo anda la caridad
Por esos mundos? --Enferma
Y de tal modo, Juanillo,
Que da compasión el verla.
--Es decir que ya no sirven
Las farsas y las comedias
Del infeliz Tulleitiño.
--No tan allá, mala lengua.
--Sin embargo, creo preciso
Para lograr que se duelan
Las gentes, volverse un Lázaro,
Abrir llagas en las piernas
Y quejarse en voz en grito
Si no consigues con estas
Demostraciones sacar
A los fieles la moneda,
Entonces a trabucazos
Y basta ya de miserias.

--No es necesario acudir
A esa medicina extrema,
La pobreza es un comercio
Que no se halla expuesto a quiebra,

Nuestro negocio, Juanillo,
Da más ganancias que pérdidas;
Hoy, por ejemplo, tenemos
En las manos una agencia
Que puede valernos bien
Por lo corto, una docena
De peluconas de oro.
--Con que ¡hola! ¿tenemos esas?
--¡Cabalito! mas sentémonos
Y pon de paso en la mesa
Algo que pueda servirnos.
De distracción, dos botellas
Del buen vino del Ribero,
De ese vinillo que es néctar,
Añade algunas magrillas
Del buen jamón de Caldelas,
Una lata de escabeche,
Sin olvidar las almendras
De Allariz, con tales viandas
Dispondremos, de una cena
Capaz de hacerle cosquillas
Al paladar de una reina;
Todo tenemos en casa,
No es necesario ir a fuera
Por nada, bien ves, Juanillo,
Que injustamente te quejas,
No da tampoco el oficio
Cuando tienes tal despensa.
Conque, al avío, prepara
En un instante la cena
Que ya la pide el estómago.

Y el hombre de barbas luengas
Sacó del arpón las viandas,
Púsolas sobre la mesa
Y ambos después prosiguieron
Hablando de esta manera:

--Pues es el caso, Juanillo,
Que hace tiempo que se encuentra
En amoríos un joven
Con una monja profesa
En San Payo; el tal mancebo
Bebe los vientos por ella;
Pero nunca puede hablarla
Porque están sus compañeras

Del otro lado del río
Y la vigilan y acechan;
Mas él, que no es nada lerdo,
Supo ganarles las vueltas
Buscando un medio seguro
Para entenderse con ella;
Viendo que entraba este prójimo
En el claustro con frecuencia,
Sin duda ese Señorito
Que sabe lo que se pesca,
Sacó por la pinta al pájaro;
Puso, pues, unas pesetas
Entre mis manos y dijo:

"Te las doy para que entiendas
Que sabré recompensarte
Si tus servicios me prestas".

--Ya lo creo, de ese modo
Puede servirse a cualquiera.
Así lo pensé, Juanillo,
Nos convenimos y en regla;
Yo dentro de escapularios
Llevaba a la monja esquelas
De su amante, y recibía
De igual modo las respuestas.

Don Luis (que así se llama)
Me encargó que con reserva
Diese a su novia una lima
Confesándome que era
Para taladrar los hierros
De las rejas de su celda,
Y se la di, porque al cabo
La monjita. era muy dueña
De obrar conforme a su antojo,
Y no cargué la conciencia;
Además, lo que se pide
Es dinero, y venga tela.

Así se ha pasado un año,
Yo recibiendo pesetas
Y llevando en cambio cartas
Al convento con frecuencia,
(Estas hicieron su efecto
Porque ya Don Luis anhela

Arrebatarla del claustro
Y lo mismo ella desea.

Están los dios chaladitos
Y tienen la buena idea
De vivir juntos y libres,
Y al cabo saldrán con ella,
Porque sábetelo, Juanillo,
Que ya la monja en su celda
Desde anteayer tiene oculto
Un bello traje de seda
Que le ha llevado ente cura;
Y hoy mismo a las diez y media
Vendrá Don Luis a tratar
Y de una manera seria
El modo que ha de emplearse
Para virarla; con que echa
Un trago de este vinillo
Que a los más tristes alegra
Y da valor para todo.

--Te sobra razón, Culebra,
Después de beber, la cosa
Que venga por donde venga,
Es igual, porque el buen vino
Dobla el ánimo y las fuerzas.
Y un trago tras otro trago
Vaciaron las dos botellas.
Y algunas más que añadieron;
Por fin se escuchó en la puerta
Un golpe y otro después
Dado con mayor cautela.

Ya llama--dijo el mendigo--
Y Juanillo con presteza
Corrió para abrir, y en breve
Entró Don Luis en escena.
--Bien venido, Señorito,
--Bien hallado, buena pieza,
¿Y qué hace este de las barbas
En tu casa? --Nada tema
Porque ese es de la pandilla,
Puede, pues, soltar la lengua
Con toda la confianza.
--Ya que así te place, sea
Ante todo, Tulleitiño,

Mucho secreto y prudencia
Hacen falta en este asunto.
--Eso corre por mi cuenta,
Usted diga lo que quiere
Y será servido en regla.
--Se necesitan dos hombres
De una condición enérgica,
Valientes y decididos.
--Ya los tiene en su presencia,
--Tu no sirves, Tulleitiño.
--¿Que ya no sirvo? ¡Canela!
Si soy más listo que un gamo.
--¿Y tus achaques y reumas?
-*Modus vivendi*, Don Luis.

En la Iglesia de las Huérfanas
Usted y todos me ven
Sostenido en las muletas,
Pero en casa es otra cosa,
Y varía la comedia;
Yo soy finarte como un roble,
Si necesita usted pruebas
Mire cómo bailo y salto
Dando a todos lados vueltas.
--Eres un tuno acabado.
--Así hay muchos en la tierra,
Yo nunca estudié retóricas
Pero sé donde me aprietan
Los zapatos y procuro
Cumplir con las apariencias.
--Bien, acepto tus servicios.
--Puede aceptarlos cualquiera.
--Necesito dos caballos
Robustos que anden tres leguas
En dos horas por lo menos,
Para que cuando amanezca
Nos hallemos en Padrón,
A las diez en Pontevedra,
De allí pasamos a Tuy
Y desde Tuy a Valenza
Do Miño, y estamos libres
En la nación portuguesa.
--Morito el alquilador
Tiene dos famosas yeguas
Que corren, más que dos galgas.
--¿Puede contarse con ellas?

--Con tal de saltar la mosca
Pródigamente dispuestas,
Estarán donde usted diga
Para emprender la carrera
Aunque sea en el Pico-Sacro.
--Así conviene a mi empresa.
Ahora esperamos sus órdenes,
Que fije el día y la seña.
--Esta misma noche. --¿Cómo?
--A las dos o dos y media
Lo más tarde, ya debemos
En nuestras manos tenerla.
--Es el término muy corto
Para tan preciosa presa.
--Si grandes son los obstáculos
Mucho mayor es la urgencia.
--¿Y no puede ser mañana?
--Suceda lo que suceda
Hoy a las dos de la noche
Morito con sus dos yeguas
Debe encontrarse apostado
En el medio de la Cuesta
De San Payo; en la Quintana
De Muertos, bajo las rejas
Del convento, nos pondremos
A la vez de centinelas,
Y al momento que la monja
Ponga su planta en las piedras,
Partiremos al galope
Camino de Pontevedra.
Conozco que pida mucho,
Pero es preciso que sea
Porque en su carta de ayer
Con precisión me revela
Que hoy mismo, doce de Mayo,
Atendiendo a mí exigencia
Quiere fugarse del claustro
Porque las monjas empiezan
A desconfiar, y teme
Si la vigilan o encierran,
Matando así para siempre
Nuestra esperanza más bella;
Con que ya lo sabes, sírveme
Y tendrás a manos llenas
El oro. --Serán las once
Y poco tiempo nos queda.

--Nada importa, siendo activos
En las tres horas que restan
Y con dinero se puede
Todo arreglar; toma a cuenta
Dos mil reales, mañana
Doblaré la recompensa.
--Muchas gracias, Don Luis,
Esto no merece réplica,
Usted paga como un príncipe
Y será servido en regia.
--No perdamos un instante
Que el tiempo es precioso y vuela;
Id a avisar al Morito,
Vosotros estad alerta,
En la Quintana de Muertos
Y cuidado que nadie os vea,
Allí nos encontraremos.

Si un extraño se presenta
En el momento más crítico
Cuando la monja descienda,
Antes que pueda gritar
O decubrirme... --Usted pierda
Cuidado, Señor Don Luis,
Que si tal pasa, al que sea
Se le firma el pasaporte.
--No, basta que le detengas.
Si el prójimo es ciego y mudo
Puede ser, de otra manera
Morirá, porque los muertos
Ni hablan ni pestañean.
Te deja obrar a tu antojo,
Pero ten tacto y prudencia,
Sobre todo sé puntual.
--Puede usted confiar a ciegas
Que en la Quintana de Muertos
Frente por frente a las rejas
Del convento de San Payo
Al dar las dos se le espera;
Conque ¡abur! y hasta la vista.
--Hasta luego.

Y con presteza
A ausentóse Luis de Vargas.

El mendigo de las Huérfanas

Mudó su traje haraposo,
Abandonó la vivienda
Y se pendió por las calles
Sombrías de Compostela.

XII

SACRILEGIO Y MARTIRIO

Entretanto, en su celda solitaria
Impaciente y convulsa Sor María
Cuenta las horas, ha pasado un día
Lleno de incertidumbres y de afán;
Suspira ansiosa por poner un término
A las penas amargas que ha sufrido
Y llora por las horas que se han ido
Y teme por las horas que vendrán.

Su situación excepcional y extrema
Hace más exaltado su delirio,
Un dulce bienestar y un cruel martirio
Siente y sufre a la vez su corazón;
Quiere dejar el claustro en que viviera
Algunos años, libertad ansía,
Quiere más expansión su fantasía
Y al mismo tiempo adora su prisión.

Por fin en el reloj de la Metrópoli
Misteriosas, solemnes y pausadas
Una tras otra, doce campanadas
Oyó desde su celda resonar;
"Las doce --dijo-- casi me arrepiento
De seguir mis propósitos mundanos,
¡Qué desgraciada soy!" Y con las manos,
Cubrió su rostro y comenzó a llorar.

En medio de su vértigo aun conoce
Que falta a su deber, por eso llora
Y ese llanto benéfico aminora
Su delito a los ojos del Señor;
No es tan culpable cuando se arrepiente,
Aun tiene asiento la virtud en ella,
Si se extravía es por su mala estrella
Y porque vive esclava de un amor.

Así pasó un instante; hacia su lecho
Corrió después y recogió un vestido
Que estaba entre las ropas escondido,
Mirándole radiante de placer
Se despojó de su hábito y vistióse
Con aquel nuevo y elegante traje,
La monja hacía a la humildad ultraje,
El ángel transformábase en mujer.

Ha dado el primer paso en el abismo
Y no hay quién la detenga en su caída,
Ciega de amor no ve que va perdida
Y avanza al precipicio sin temor;
La conciencia le grita, pero en vano,
Nada oye ni ve porque demente
Prosigue su camino: (comúnmente
Se pierde la mujer por el amor).

Vestida ya con el profano traje
La triste y desgraciada Sor María,
Hacia una mesa que en la celda había
Su planta vacilante encaminó;
Tomó papel y un lápiz y, dejándose
Caer sobre una silla, diligente,
Bajo el poder de la emoción que siente
En el blanco papel así escribió:

"A Sor Amalia.

Mi querida hermana,
Sí, permitidme que este nombre os dé
Por más que soy una mujer profana;
Cuando estas líneas recorráis mañana
No sé donde estaré.

Dejo mi claustro con el sentimiento
Que tiene un alma cuando ofende a Dios,
El que me ve comprende mi tormento;
También marcharme, hermana mía, siento
Sin daros un adiós.

Sin duda os causará suma extrañeza
Este modo de obrar, tenéis razón,
He debido mostrar más fortaleza,
Pero por más que lucha mi cabeza
Me vence el corazón.

Quiero volver atrás, pero no puedo
Que avergonzada de mi culpa estoy,
Veo que me marcáis con el dedo
Y mi celda y el claustro me dan miedo
¡Qué desgraciada soy!

Aunque tarde, lo sé; yo no debía
Sin ciertas dotes penetrar aquí;
Grande es mi culpa, grande mi agonía,
Vos que tan buena sois, hermana mía,
Rogad a Dios por mí.

Quise deciros mucho, mas no acierto,
A trasladar mis ansias al papel;
Os hablo, entonces, en un lenguaje muerto
Y en vez de frases cariñosas os vierto
Mis lágrimas en él.

¡Cuanto la pena de expresar me priva
Os lo podrán mis lágrimas decir;
Mi gratitud sincera y expresiva
Ha de ser para vos mientras que viva
Desgraciada o feliz."

Había un reclinatorio
En la celda, y colocada
Sobre él, la imagen sagrada
Del Divino Redentor;
Por casualidad la monja
Cuando terminó el escrito
Fijó en su rostro bendito
Una mirada de amor.

Por entre los fuertes hierros
De la reja, por fortuna,
Penetra un rayo de luna
Que baña la excelsa Cruz;
Y ante sus ojos atónitos,
La imagen crucificada
Mostrábase rodeada
De una aureola de luz.

Algo extraño y misterioso
Cruzó por su pensamiento,
Pues creyó qué movimiento

iba la efigie a tomar ;
Vio que sus brazos clavados
Al madero se movían,
Que sus labios se entreabrían,
Como si quisiese hablar.

Y por más que el Crucifijo
Así le infunde respeto,
Va por un poder secreto
Acercándose hasta allí,
Sin atreverse a mirarle
Convulsiva y sollozando
Cayó a sus pies murmurando
"¡Tened compasión de mí!"

Jamás con tanta ternura
En su celda solitaria,
Repitiera una plegaria
Ante la sagrada Cruz;
Jamás sintiera en su mima
La emoción de aquel momento,
Ni tanto padecimiento,
Ni tan amarga inquietud.

Después alzóse, y tomando
Presa de angustioso duelo,
El tosco traje y el velo
Que vistiera al profesar,
A los pies del Crucifijo
Los colocó cuidadosa;
La calma era majestuosa,
En el reloj la una da.

"Cómo vuela el tiempo--dijo--
Señor, dentro de una hora,
Yo, mísera pecadora,
Estaré lejos de aquí
Por eso os entrego el hábito
Que indignamente he vestido
Y que perdonéis os pido
Lo mucho que os ofendí.

"¡La magnitud de mi culpa
Conozca, por mí desgracia,
Pero es mayor vuestra gracia
Y me daréis protección;

Vos sabéis con cuanta pena
Abandono mi convento
Y cuanto en este momento
Padece mi corazón.

"¡Ojalá que vista el hábito
Que hoy os entrego profana,
Otra mujer más cristiana
Y más dichosa que yo;
Ojalá que nunca llegue
El desventurado día
Que siga la suerte mía
¡Otra profesas, Señor!

"Aunque abandono esta celda
Y os dejo en ella, grabada
Va nuestra imagen sagrada
En el fondo de mi ser;
¡En vuestra bondad espero,
En vuestra gracia confío,
Sed mi protector, Dios mío,
¡En este trance cruel".

A los pies del Nazareno
Así exclamó Sor María,
Quizá se arrepentiría
De su criminal acción,
Puede ser que desistiera
De su empeño, transformada,
Si el eco de una palmada,
No llamase su atención.

Aquel eco era una seña,
La seña, que le indicaba
Que ya su amante esperaba
Por ella con ansiedad;
¡Era el cariñoso aviso
Del hombre que prometiera
Conducirla a un paraíso
De amor y felicidad.

Llegó, pues, hasta la reja,
Temblorosa, emocionada,
Aquella sola palmada
Trastornara su razón,
Y en aquel momento crítico

Fue más grande su flaqueza,
Loca estaba su cabeza
Y loco su corazón.

Pobre virgen inocente
Que un mundo encantado sueña
Entregándose risueña
A sus delirios de amor,
Sin conocer que quebranta
Unos dulcísimos lazos
Para correr a los brazos
De su amante seductor.

Blanca y tímida paloma,
En pos de un hermoso cielo
Ansía tender su vuelo
Sin alas con que volar,
No sabe que desde el alto
En donde sus dichas sueña,
Si en sus desvelos se empeña
Puede a un abismo rodar.

Triste, infeliz prisionera
Que en la cárcel donde habita
Languidece, y necesita
Vida, libertad y luz;
¿Qué sabe si al verse libre
Y lejos de su clausura,
Aumentará su amargura
Otra nueva esclavitud?

Desventurada reclusa,
Desde su celda sombría
Un nuevo horizonte veía
Lleno de encantos sin fin,
Y batallaba indecisa
Entre vivir encerrada
O vivir libre y amada
Al lado de su Luis.

Una voz suave, duchísima
Y llena de sentimiento
"No abandonéis el convento"
Le decía en su interior;
Pera otra voz insinuante,
Embriagadora, añadía:

"Ven, te llama el alma mía,
Te espera mi corazón".

Pasara un año limando
El endurecido hierro
De las rejas de su encierro
Con celosa asiduidad;
Vencido, pues, el obstáculo
Que la reja le oponía,
Cuanto ansiaba Sor María
Era amor y libertad.

En su vértigo amoroso,
Engañándose, creía
Que huir del claustro podía
Sin ofender a su Dios;
De su pasión delirante
Oyó la voz seductora
Entonces daba una hora
El reloj; eran las dos.

El eco de otra palmada
Volvió a llegar a su oído
Y el monótono ruido
De algunos pasos, después
Tendió la vista a la calle,
Y vio aproximarse un bulto
En una esclavina oculto,
Del convento a la pared.

La presencia del incógnito, I
Estimulando su afecto
Produjo en ella el efecto
De un irresistible imán;
Ansiaba el ave inocente
Huir de su jaula, e iba
A recrear, más cautiva,
Las garras del gavilán.

Atando, pues, a la reja
Una cuerda y convencida
De que está firme, la deja
Hacia el exterior caer;
Gana el antepecho y baja
A la débil cuerda asida;
En el aire suspendida

Vese luego aparecer.

El momento era solemne,
La monja ya descendiendo;
Sin duda desconociendo
El peligro en que se ve;
Su amante que lo conoce,
Con dificultad respira
A cada instante que mira
De su adorada el vaivén.

Súbito falta la cuerda,
Y :a monja exhala un grito
Conmovedor, infinito,
Doliente, desgarrador;
Rueda al abismo y su cuerpo
Al chocar en la caída
Con la piedra endurecida,
Produce un sordo rumor.

Confuso, atónito el joven
Queda al espacio mirando,
Sospecha que está soñando
Y duda de lo que ve
Pero pronto se persuade
De la realidad sombría
Cuando observa a Sor María,
Tendida y muerta a sus pies.

La vista de aquel cadáver
Es para Luis de Vagas
Una cadena de amargas
Desventuras y aflicción,
Una maldición que tiene
Que arrastrar con su existencia,
El cáncer de su conciencia
Y una eterna acusación.

El es culpable de aquella
Incomparable desgracia
Y siente delante de ella
Algo de miedo y terror;
Quiere huir, pero no puede
Mover su planta maldita
Y haciendo un esfuerzo grita:
"¡Socorro!, ¡favor!, ¡favor!"

Acuden dos embozados
Al doliente llamamiento,
Se aproximen al convento
Y uno murmura: "¡pardiez!
Don Luis, esa gritería
Debe de usarse muy poco;
Piense, si ya no está loco,
Que nos vamos a perder."

Y viendo que el caballero
No responde ni se mueve,
Desconfiando que en breve
Llegase la Autoridad,
Repuso: "Vamos, Juanillo,
No hay que esperar respuestas,
Tomemos el mozo a cuestras
Y huyamos de la ciudad."

Y llevando a Luis de Vargas
Sumergido en un desmayo,
Por la Cuesta de San Payo
Al punto huyeron los dos;
En la Quintana de Muertas
Reinó la calma del mundo,
Otro dolor más profundo
Tuvo un testigo, fue Dios.

La escena es triste y muy seria;
Se encuentra la monja sola
Y estremece a la materia
La postrimer convulsión;
Bajo la acción del espíritu
Vuelve sus ojos al cielo
Y lleva en su desconsuelo
Las manos al corazón.

Esta actitud suplicante
En situación tan extrema
Guarda un sentido poema,
De fe, de amor y virtud;
Es el sentimiento íntimo
De un alma creyente y pura
Que con desvelo procura
Llegar hasta Dios, su luz.

Pobre virgen, pobre mártir,
Desde un cielo desterrada
Vino al mundo destinada
Para llorar y sufrir;
Murió sola y olvidada
De cuantos hubiera amado,
Ni un ser se hallaba a su lado
Al momento de morir.

Dios que recoge en su seno
El alma de los que sufren,
Dios que es Santo, Justo y Bueno,
Que todo lo sabe y ve,
El alma de Sor María
Habrá en el cielo acogido,
Que aunque sacrílega ha sido,
También una mártir fue.

ORENSE
Imprenta de "La Zarpa" 1930